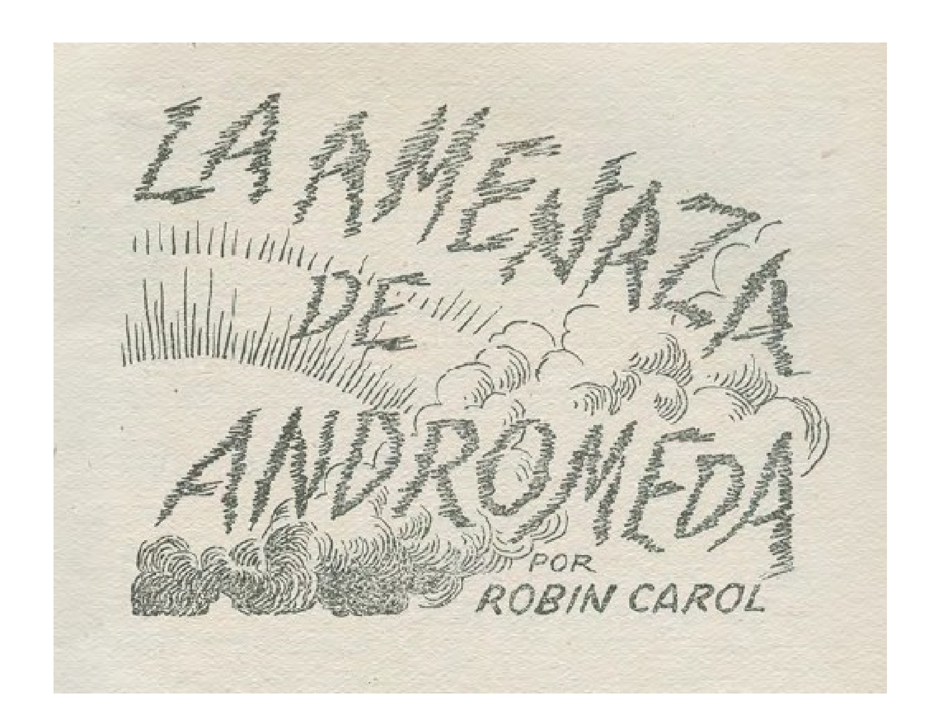

La AMENAZA de
ANDROMEDA
ROBIN CAROL
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


ROBIN CAROL
LA AMENAZA
DE ANDRÓMEDA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPÓSITO LEGAL V.— 604 — 1958
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA - VALENCIA

LA AMENAZA DE ANDRÓMEDA



CAPÍTULO PRIMERO

Dos astronaves del tipo Sideroplate, de forma ovoidal, cruzaban los espacios interplanetarios a velocidades superiores a los cien mil kilómetros por segundo.

Las naves, de un color opalino brillante, reflejando los rayos limpios del sol y protegidas de los mortíferos rayos cósmicos por una capa de ozonotium, parecían flotar, inmóviles, sobre la inmensidad de los espacios siderales.

La puerta de la cabina de mando de la astronave que llevaba la insignia del jefe de la expedición, acababa de abrirse en aquel momento y un hombre alto, moreno, de anchas espaldas y de unos treinta y cinco años de edad, penetró en el aposento cerrando tras de sí. En la cabina había dos hombres encargados de vigilar los aparatos de control. Eran los dos ayudantes pilotos del comandante de la nave.

—¿Hay alguna novedad, Luiggi? —preguntó el hombre que acababa de entrar.

—No, señor, ninguna. Todo marcha sin novedad.

—Está bien... Y usted, Dick, ¿tiene alguna novedad para mí?

—Nada en absoluto, señor.

—Y en la otra astronave, ¿hay alguna novedad?

—No sé —respondió Dick.

—Hace un momento que he hablado con Wellington —dijo Luiggi—, y todo marchaba perfectamente.

El comandante paseó unos segundos.

—¿Has mantenido el contacto con la Tierra, Dick?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha dicho el coronel Conway?

—Nos espera ya. Todo está preparado. Dice que en cuanto lleguemos tendremos que partir de nuevo.

—¡Vaya, vaya! —interrumpió el comandante—. Sabía que ésta era una expedición rápida, pero no me figuraba que lo fuese tanto.

Continuó paseando durante unos minutos en silencio, y después se dirigió a Luiggi.

—¿Cuánto nos falta para llegar a la Tierra?

—Dos horas aproximadamente, señor.

—¿Aproximadamente?

—Sí, señor... Es que todavía no he terminado de corregir nuestra ruta.

—Bien, corríjala enseguida y dígame el tiempo que necesitamos para llegar allí.

Se volvió repentinamente como asaltado por una duda.

—Habrá tenido en cuenta las perturbaciones de Mercurio, ¿no?

—Sí, mi comandante, las he tenido en cuenta. Dick me ha ayudado a hacer las correcciones y me ha dado los apuntes precisos para ello.

—Está bien... bien.

El comandante se dirigió a uno de los aparatos de a bordo y dio a un conmutador. Una luz azulada comenzó a brillar en una pantalla cóncava y, poco a poco, se fue definiendo en la misma un sector del

Universo estrellado. Al fondo aparecía Neptuno del tamaño de una moneda brillante, a la derecha y, más profundamente, como una pequeña luz, el último de nuestros planetas del Sistema Solar: Plutón.

Pulsó uno de los botones de mando de la pantalla en la que fue recorriendo nuevos sectores del firmamento. De repente, enmarcado en el centro de la misma se dibujó nuestro planeta, la Tierra. Majestuosa, lenta en su caminar y dibujada su geografía como un arabesco maravilloso.

El comandante la contempló unos minutos y, haciéndose hacia atrás, dijo:

—He aquí nuestro querido planeta, Luiggi. Hace mucho tiempo que no lo veía tan cerca. Creía que la próxima vez que volviese estaría más tiempo y, sin embargo, no podré dedicarle más que un saludo.

Y se sonrió un poco nostálgicamente.

Luiggi se quedó mirando al comandante y luego dirigió sus ojos a la pantalla contemplando a la Tierra unos instantes.

—Ya nos llegará otra ocasión, no se preocupe, mi comandante —y se encogió de hombros.

Reaccionó el comandante Courton, que éste era su nombre, sobreponiéndose a la nostalgia y accionando una pequeña palanca rápidamente, se esfumó la imagen de la pantalla.

—Oye, Dick —dijo volviéndose con presteza— conéctame con la astronave de Wellington.

El piloto obedeció pulsando uno de los botones fotomagnéticos de su cuadro de control. El comandante se acercó al aparato transmisor.

—¡Habla el comandante Courton! ¡Habla el comandante Courton!

Una voz un poco metálica se dejó sentir en el ambiente.

—¡Escucha Wellington! ¿Qué tal estás, Courton?

—Bien, ¿y tú?

—Sin novedad.

—¿No hay ninguna novedad a bordo?

—Ninguna. Todo funciona perfectamente —respondió Wellington.

—Oye, Wellington, ¿qué opinión tienes de lo que ayer nos dijo el general Balbroock?

—Hombre... no sé qué decirte. La verdad es que la impresión que tuve no fue muy halagadora. Me parece que ocurre algo grave.

—Sí, eso es lo que me supongo —dijo el comandante—. Ya sabes cómo está la situación; todo el mundo está nervioso, excitado... en fin, creo que no merece le pena pensar en lo que pudiese ocurrir.

—De todas maneras, ¿qué más te da? —dijo Wellington un poco despectivo—. Cualquier día atravesando estos espacios, tal como vamos de un lado para otro, nos encontraremos con un aerolito y nos mandará al infierno a todos. ¿Qué más da que sea un aerolito o que ese brazo «N» nos pegue un zarpazo en mitad del rostro?

Courton guardó silencio durante unos segundos. Después, recobrándose y con la serenidad que le era peculiar, respondió a Wellington.

—No creo que debieras tomar estos asuntos tan a la ligera, Wellington. Ten en cuenta que son muchos millones de seres los que padecen este desasosiego y, se quiera o no, no es muy agradable sentir sobre las espaldas la sensación de que todo puede desaparecer en un instante.

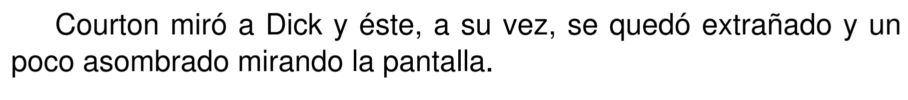
El comandante Courton y el jefe de la otra astronave, Wellington, eran entrañables amigos desde hacía muchos años. Habían cursado sus estudios juntos y, la mayor parte de los años que siguieron a la terminación de los mismos, los pasaron juntos ampliando sus conocimientos en técnica militar.

—Eres un viejo romántico, Courton —dijo con cierta aspereza Wellington.

Courton se quedó mirando unos instantes a la pantalla en la cual aparecía la astronave de su amigo. La voz de Wellington se dejó sentir nuevamente.

—Sí, eres un viejo romántico. No sé de dónde te ha sacado la gente el remoquete de hombre duro y feroz... A la hora de la verdad eres un niño.

En aquel momento, Wellington siguió hablando pero su voz en el receptor de Courton empezó a difuminarse y hacerse inaudible.



Courton miró a Dick y éste, a su vez, se quedó extrañado y un poco asombrado mirando la pantalla.

—¿Qué ocurre, Dick?

—No lo sé.

—Oye, Wellington. ¡Wellington! —gritó Courton.

—¿Qué? —se oyó débilmente la voz del otro.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, Courton. Yo te oigo muy mal. Debe ser que esto no funciona bien... ¡Courton! ¡Courton...! ¡A ver si lo arreglo!

—Vea qué pasa, Dick —ordenó Courton un poco impaciente.

Dick comprobó rápidamente la emisora receptora.

—Todo funciona bien, mi comandante —dijo Dick.

Dick intentó restablecer nuevamente la comunicación sin conseguirlo.

—No lo comprendo.

En aquel momento se oyó débilmente la voz de Wellington.

—¡Courton...! ¡Courton!

—¡¿Qué ocurre, Wellington?! —preguntó Courton impaciente.

—¡No sé... no me lo explico! Esto parece que está endiablado. ¡No sé lo que ocurre...!

De repente se cortó la comunicación y el silencio más absoluto envolvió la recepción de la otra nave. Courton arrugó el entrecejo.

—Dick, vea lo que pasa. Esto no es normal. Nunca había ocurrido semejante cosa.

El segundo piloto maniobró unos cuantos botones de control y puso en funcionamiento el aparato de control de emisiones.

—Nuestra recepción y emisión son perfectas. Véalo.

Courton miró fijamente el aparato.

—Es cierto... pero, entonces, ¿qué puede ocurrir?

Courton permaneció indeciso unos segundos y recobrándose de su extrañeza se acercó a la emisora.

—¡Wellington...! ¡Escucha, Wellington...! ¡Habla Courton! —gritó.

Pero el silencio más absoluto envolvió sus palabras. Maniobró varios botones del emisor-receptor, pero no pudo captarse la más pequeña señal. Courton quedó asombrado y miró a Dick por unos instantes.

—¿Usted entiende esto, Dick?

El segundo piloto, que en aquel momento había levantado sus ojos hacia la pantalla, dio unos golpes precipitadamente en el brazo de Courton.

—¡Comandante, mi comandante! —gritó sobresaltado—. ¡Mire, mire!

Courton levantó rápidamente sus ojos hacia la pantalla y un gesto de estupor apareció en su rostro. La nave de Wellington, que había acompañado a la suya durante toda la travesía en calidad de escolta, tan serena y majestuosa en su camino por el espacio, en aquel momento comenzaba a cabecear de una manera extraña. A intervalos cortos daba ligeras sacudidas y una especie de convulsión parecía recorrer toda la hermosa astronave. Courton, sin dejar de mirar a la pantalla, como hipnotizado, cogió del brazo a Dick levantándolo de su asiento.

—¡Dick! ¡Dick! ¿Ha visto usted alguna vez algo semejante?

Dick no respondió, estaba pálido como la cera. Luiggi, ante las alarmantes exclamaciones de Courton, se había reunido con ellos frente a la pantalla. En aquel instante, la astronave de Wellington comenzó a cabecear más violentamente. Sacudidas inexplicables la hacían tambalearse como si recibiese tremendos golpes invisibles y un leve giro sobre sí misma la colocó en situación cambiante y extraña.

—¡Por mil diablos! —volvió a exclamar Courton—. Pero... ¿qué sucede? Este muchacho debe haberse vuelto loco, o yo ya no entiendo nada.

La astronave de Wellington se alejó un poco de la de Courton. El giro sobre sí misma adquirió mayor velocidad y entonces desapareció el movimiento de cabeceo, pero iniciando una pirueta extraña y parabólica se volvió sobre el sideroplate de Courton de una manera alarmante y sobrecogedora.

Courton y sus dos ayudantes se echaron hacia atrás en un movimiento instintivo, desapareciendo la astronave de su amigo del espacio visual de la pantalla.

El comandante se lanzó nervioso sobre los mandos de la misma y maniobró para localizar el sideroplate de Wellington. Tras de unos segundos de profunda extrañeza y nerviosismo, pudo localizarlo.

—¡¿Estás loco, muchacho?! —dijo furiosamente golpeando sobre el tablero de control—. Pero, ¿qué te ocurre, Wellington...? ¡¡Responde!!

La astronave seguía sin cesar su movimiento de giro sobre sí misma, e inició un nuevo movimiento describiendo una curva gigantesca y vertiginosa. De repente, esta curva gigantesca que había iniciado se fue cerrando cada vez más, a mayor velocidad y mayor alejamiento, en un movimiento espiral, raudo, veloz, como si fuera arrastrada por una tromba invisible, hasta ser un insignificante punto en la pantalla y desapareciendo a los pocos segundos en las profundidades insondables de los espacios siderales.

Los tres hombres, sobrecogidos, inmóviles por la estupefacción, permanecieron unos segundos como hipnotizados mirando la pantalla. Sólo la vastedad del espacio inconmensurable, la aterradora muralla del silencio. Los tres se miraron intimidados por la incongruencia del suceso.

—¿Qué opina usted, mi comandante? —preguntó Luiggi con tono apagado.

—No sé, no me lo explico —respondió Courton invadido por una intensa preocupación—. Pero, pienso...

Se detuvo bruscamente en sus pensamientos, sus ojos brillaron y un temor angustioso y frío lo paralizó unos momentos. Su corazón comenzó a latir violentamente.

De un salto se plantó delante de la pantalla, ante el asombro de sus dos pilotos, y Courton maniobró rápidamente los botones de control y la pantalla se iluminó apareciendo en ella, a los pocos instantes, el firmamento estrellado. Nerviosamente hizo desfilar por la pantalla todo el Universo que le rodeaba y fue comprobando, uno por uno, la situación de todos los planetas del Sistema Solar. Al final de esta maniobra volvió a colocar nuevamente, en el centro de la pantalla, a su querido planeta, la Tierra. La miró fijamente, un poco sudoroso y con la respiración algo agitada, y se fue calmando hasta lanzar un corto suspiro de alivio.

—¿Comprenden ustedes cuál ha sido mi temor?

Luiggi y Dick comprendieron.

—Sí, mi comandante —dijeron a la vez.

—Temí por un instante que el momento «N» había llegado.

Paseó durante unos segundos por la estancia, los suficientes para tranquilizarse y recobrar la serenidad.

—Bien, veo que no ha llegado todavía nuestro último momento... He de ser sincero, señores, me he llevado un gran susto, a pesar que desde hace tiempo preparo mi ánimo.

Por un instante, ante la sospecha de una catástrofe general, el incidente de la desaparición de la astronave de Wellington había quedado, en el pensamiento de los tres, relegada a segundo término, pero de nuevo volvió a ocupar la mente de todos.

—Mi comandante, ¿qué hacemos con lo que acaba de ocurrir?

—Se refiere usted a Wellington, ¿no?

—Sí, mi comandante.

Courton permaneció callado unos segundos.

—¿Quiere que vayamos en su busca? —insistió nuevamente Luiggi.

Courton quedó mirando a su piloto fijamente cobrando su rostro una intensa emoción. Bruscamente, apartó su mirada de los ojos de Luiggi y dio unos pasos hacia su derecha. Su voz revelaba firmeza.

—La orden ha sido clara y definida. Nuestra misión es la Tierra... Luiggi, ocupe su puesto, y usted, Dick, mantenga contacto permanente con la base de Sunderpolar.

CAPÍTULO II

Este relato ha empezado exactamente en el año 9.721. Mes de junio, un día cualquiera.

Desde la primitiva Edad Atómica han ocurrido muchas cosas en el Universo, al menos en la Vía Láctea, nuestra galaxia. Desde entonces, la Vía Láctea, se considera un inmenso río de soles, un conjunto de masas, un enjambre de nubes y estrellas que constituyen la parte visible de la galaxia, dentro de la cual se mueve nuestro Sistema Solar.

Es difícil representarse mentalmente la arquitectura de la Vía Láctea, porque nos encontramos dentro de ella; pero, desde los primitivos tiempos de la Edad Atómica, los astrónomos han logrado ampliar nuestra perspectiva y determinar que lo que vemos en la Vía Láctea no es más que el arco rudimentario de un inmenso conjunto lenticular de estrellas, semejante a las galaxias de los espacios exteriores.

Desde la Tierra, situada a treinta mil años luz del centro de nuestra galaxia, sólo distinguimos una fracción de los miles de millones de estrellas que la componen, sólo un segmento de un diámetro máximo de cien mil años luz, distancia ésta a recorrer a la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo durante cien mil años.

La mayor parte de la materia de nuestra galaxia, compuesta de estrellas, nubes oscuras de gas y de polvo, se halla dentro del disco principal de la Vía Láctea y de sus brazos espirales.

Nuestra galaxia está animada de un movimiento de rotación en el que arrastra a la Tierra y al Sol a la velocidad aproximada de 900.000 kilómetros por hora, invirtiendo doscientos millones de años en cada vuelta.

La acompaña en su recorrido por el espacio gran número de enjambres globulares, cada uno de los cuales se compone de centenares de miles de estrellas que giran al azar en torno del centro de la galaxia. La Vía Láctea, con su aureola de enjambres globulares, forma lo que los astrónomos llaman la Galaxia.

Ahora bien, en la inmensa vastedad del Universo, éste es sólo uno de los diecisiete sistemas o más que constituyen otra agrupación cósmica mayor, denominada Grupo Local, cuyos componentes son mantenidos por la gravitación dentro de un radio de millón y medio de años luz.

En tiempos remotísimos, la Vía Láctea ocupaba un extremo de este supersistema y en el otro opuesto, la gran espiral de la galaxia de Andrómeda, pero ahora, en el año en que nos encontramos de la Era del Espacio, año 9.721, las cosas han cambiado mucho. Andrómeda se ha acercado de una manera alarmante y el punto más próximo de nuestra Vía Láctea a la constelación de Andrómeda es precisamente el brazo de la espiral en cuyo extremo se encuentra el Sistema Solar.

Durante miles de años este hecho ha sido estudiado de una manera profunda y concienzuda por los hombres de ciencia y los nuevos descubrimientos científicos han ido profundizando en el problema que, en un futuro, se les plantearía a las generaciones venideras.

Y es en este momento precisamente, en el tiempo a que alude nuestro relato, cuando la proximidad del brazo de nuestra Galaxia al de Andrómeda reviste caracteres alarmantes.

Hace muchísimos años, los hombres de ciencia de todos los planetas del Sistema Solar, se unieron ante el peligro venidero. Cambiaron entre sí conocimientos e ideas y se llegó a la unificación de los esfuerzos para hacer frente al problema. Las consecuencias que podría traer semejante acercamiento de ambas galaxias podrían ser fatales para nuestro sistema solar.

Llegó a determinarse, hacía muchos años, en una reunión de hombres de ciencia, la posibilidad debido al acercamiento de Andrómeda, de que el brazo de la espiral de nuestra Vía Láctea, en cuyo extremo se encuentra el Sistema Solar, podía caer dentro del campo gravitatorio de la constelación de Andrómeda.

Los cálculos matemáticos, las previsiones y estudio de los hombres de ciencia, hechos con la mayor precisión y minuciosidad, daban como resultado que si nuestro Sistema Solar era absorbido o atraído por Andrómeda, sufriría profundas modificaciones en sus movimientos internos de rotación planetaria alrededor del astro central. Podrían ocurrir muchas cosas... muchas, pero de entre todas ellas, la más importante, era la extinción total de la vida en todos los planetas de nuestro sistema solar. El brazo de la espiral

de Andrómeda, denominado por los científicos «N», se encontraba tan próximo a nosotros que la catástrofe podría ocurrir en cualquier momento.

Dentro de nuestro sistema solar, en el planetoide denominado Helión, construido artificialmente por el esfuerzo común de todos los hombres de ciencia de nuestro sistema, se hallaba permanentemente reunido el Gran Consejo Supremo, encargado de estudiar y vigilar el proceso físico-cósmico que durante milenios estaba acaeciendo.

Se había llegado a una coordinación de esfuerzos y a una organización de defensa calificada de eficiente, pero la preocupación que embargaba la mente de cada hombre responsable de los destinos humanos era tan profunda que difícilmente podía ser contenida.

Los hombres de ciencia habían tratado de reforzar el campo magnético de nuestra Galaxia, en relación con nuestro sistema solar. Los grandes procedimientos científicos, acumulados a través de generaciones, la gran experiencia humana había sido puesta en juego al servicio del hombre para tratar de anular la gran conjura de las leyes físicas frente a la vida.

El resultado no podía preverse con demasiada garantía. Se habían tomado todas las medidas necesarias para defender al hombre. El cerebro, la inteligencia, la sagacidad contra las leyes del Universo... ¿Sería posible que de nuevo, la mente humana, ese gran misterio, venciese a la naturaleza?

Éste era el enigma que tenían planteados todos los seres vivientes de nuestro sistema solar y, en este momento, en este preciso momento en que la esperanza se mezclaba con el desaliento, en que el trabajo y el esfuerzo gigantesco se unían a la más extremada laxitud de los hombres, en que el nerviosismo creciente de las gentes a veces en zonas aisladas de distintos planetas, llegaba al paroxismo, o a la heroica actitud de desafiar el miedo, ocurrió un hecho trascendental, en apariencia insignificante, que hizo sobresaltar a todos los hombres de ciencia y militares que componían el Gran Consejo Supremo del Sistema Solar.

Fue como una referencia, una esquemática noticia que en forma de mensaje cifrado llegó al Gran Cuartel General establecido en el planetoide Helión, hacía unas horas, pero lo suficientemente extraordinario para conmover a todos sus componentes.

La noticia llegó del planeta Tierra como una sacudida eléctrica, como una pavorosa amenaza más de las muchas que tenían planteadas, pero ésta, más concreta y de alcance ilimitado, misterioso e imprevisto.

CAPÍTULO III

La base intersideral Sunderpolar, gigantesca plataforma de acerotrón antirradiactivo, parecía flotar sobre las nubes aquella mañana fría de otoño en un punto de nuestro planeta a unos doscientos metros de la superficie terrestre. Estaba situada fuera de las rutas comerciales. Un lugar secreto para la mayoría de las gentes, en este momento secreto del todo ya que por razones estratégicas y de seguridad, había sido desplazada hacía unas horas a un lugar ignoto.

De las cinco bases intersiderales militares de nuestro planeta, la de Sunderpolar, por sus modernas instalaciones y equipos, era la más importante.

Había sido desplazada hacia un lugar remoto y despoblado, aislado de la civilización, suspendida a doscientos metros entre dos cordilleras en cuyas estribaciones, un profundo valle de bosques casi selvático, servía de base a las infinitas columnas invisibles de rayos magnéticos que sostenía rígida y firmemente la plataforma militar Sunderpolar.

La suave y bruñida superficie de las pistas y de los extraños edificios que, en número de cuatro, existían en la gigantesca plataforma, brillaban con sus reflejos rosa-azulados bajo el Sol matinal. Parecía no existir vida sobre aquella gigante plataforma. Un silencio fantasmal lo envolvía todo.

Sólo una suave brisa del este, de cuando en cuando, alteraba aquella quietud ultramundana, con un murmullo fresco.

Todo parecía inmóvil, inhabitado, muerto, pero en el interior de los edificios, al parecer herméticamente cerrados, sin que trascendiera nada de su interior, torre de mando y control, hangares, torre de defensa y edificio destinado a comunicaciones interplanetarias y terrestres, reinaba la más febril y coordinada agitación en todos los miembros de la base militar.

Un lejano zumbido apagado e ilocalizable comenzó a percibirse en aquel momento sobre la plataforma y a los pocos segundos, como un lejano punto sobre el espacio que fue agrandándose

rápidamente, un majestuoso Sideroplate cruzó la atmósfera de la plataforma, el que describiendo una gigantesca elíptica y perdiendo velocidad, retornó y fue a aterrizar suavemente sobre la pista central de Sunderpolar.

Del sideroplate descendieron, por un escotillón que se abrió inmediatamente, Courton y Luiggi.

La torre de mando y control lanzó tres señales acústicas extrañas, de sonido electrónico que parecían significar «Bienvenidos», aunque tal vez fuera alguna orden al personal de la base.

Courton y Luiggi, sin detenerse y como conociendo el lugar donde se encontraban, echaron a andar en dirección a la torre de mando y control, mientras en el piso donde se había posado el sideroplate, en una circunferencia de unos veinte metros de diámetro, comenzó a hundirse en silencio, desapareciendo el aparato en sus entrañas.

A los pocos segundos reapareció el disco tapando perfectamente aquel agujero y la pista de aterrizaje quedó nuevamente lista. Mientras, Courton y Luiggi llegaban a la torre de mando y control, y una puerta de mecanismo fotoeléctrico se abrió silenciosa por la que penetraron sin la menor vacilación los dos hombres.

Una pequeña plataforma circular que comenzó a elevarse silenciosa ascendiendo por una cavidad conoidal ligeramente inclinada les dejó en la pequeña antecámara de la sala de mandos y control. Un hombre de unos cincuenta años, delgado y alto, les estaba esperando.

—Amigo Courton —dijo afectuoso estrechando su mano—. Cuánto tiempo sin verle.

E hizo un ligero saludo a Luiggi, inclinando levemente la cabeza.

—Mi primer piloto ayudante, Pietro Luiggi, mi Coronel.

—Encantado... Pero dígame, Courton, ¿cómo es que llega usted solo...? ¿Hay modificación en las ordenanzas del Gran Cuartel General, o ha contravenido usted las órdenes...? Pasen aquí a la sala de control.

—Ni una cosa ni otra, coronel Conway —contestó Courton mientras una sonrisa cargada de preocupación aparecía levemente en sus labios.

El coronel Conway de aspecto jovial, afable y de temperamento nervioso, solía hablar con rapidez dando a sus palabras un tono categórico. Enmudeció unos segundos y miró fijamente a Courton.

—¿Qué quiere decir...? ¿Alguna novedad desagradable?

—Desagradable no, lamentable y, elevando el asunto a términos generales, me atrevo a calificarlo de francamente alarmante.

—Explíquese, por favor.

Habían penetrado en la amplia sala de mando y control cuyas paredes y techo transparentes permitían divisar toda la inmensa plataforma y el maravilloso paisaje exterior de las alturas.

El coronel Conway presentó con cierta brevedad a sus tres ayudantes y rápidamente se sentó tras de su mesa de trabajo, invitando antes, con un gesto y una sonrisa, a Courton y a Luiggi a que tomaran asiento.

Courton explicó esquemáticamente lo ocurrido con el sideroplate de Wellington. La desaparición de la astronave en circunstancias tan misteriosas hizo saltar de su asiento a Conway.

—¡Extraño, extraño... sumamente extraño!

Repetía andando nervioso de un lado a otro. Se paró bruscamente y dirigió sus penetrantes ojos a Courton.

—¿Y qué piensa usted personalmente de este extraño suceso?

—No puedo pensar más que una cosa.

—Diga, diga.

—Si una fuerza o circunstancia de carácter general hubiera sido la causa, ésta sería razón suficiente para que mi astronave hubiera corrido la misma suerte que la de Wellington.

—Exacto, prosiga.

—Al no ser así, sólo me queda la perplejidad de tener que aceptar una causa o voluntad particular, fuera de las leyes físico-naturales.

—Exacto, exacto. Cierto, pero, ¿cuál es?

Courton lanzó un hondo suspiro.

—No lo sé. Lo único que puedo afirmarle es que esto me preocupa grandemente. El hecho en sí me produce honda preocupación y la suerte de Wellington me exaspera por la

circunstancia de que el servicio no me permitió tomar una determinación.

—Lo comprendo, lo comprendo, a veces el cumplimiento del deber nos exige demasiado, pero en el sacrificio reside su grandeza. ¡Vamos, por Dios, sobrepóngase a lo inevitable!

Comenzó nuevamente su paseo nervioso por la sala y prosiguió mascullante.

—Quizá nos encontremos en el principio de que todo se marche al cuerno, pero es exasperante, como usted dijo, por la condición de que no haya enemigo concreto con el que poder luchar. Es poderoso y avasallador el enemigo que nos amenaza, cierto, pero demasiado grande, demasiado abstracto para poder luchar humanamente con él... Y esto es lo que nos inmoviliza. A mí al menos. La ciencia contra una de las leyes cósmicas: la gravitación... ¡Estupendo, pero qué gran sarcasmo! Para esto he dedicado treinta años de mi vida en estudios militares... estrategia, táctica, conocimiento y manejo de amas, y ahora resulta que me encuentro en el campo de batalla frente a la gravitación. ¡Ja, ja, ja, ja...! Francamente no ascenderé por méritos de combate.

—Yo, sin embargo —objetó Courton algo más tranquilo, casi sereno—, estoy empezando a sospechar que la gran amenaza, como se la llama literalmente, nos ha embotado un poco la sensibilidad y no nos ha permitido reparar en la pequeña amenaza.

—¿Cómo?

—Que bien podría ser la vanguardia de la otra grande.

—Explíquese, Courton, no juguemos con palabras enigmáticas. Tenemos demasiados enigmas.

—Perdone, mi coronel, pero más que explicar estoy tratando de pensar y llegar a conclusiones por muy hipotéticas que éstas sean.

—Veamos, veamos, siga usted pensando, pues.

—Si nuestro sistema solar corre peligro de ser atraído hacia el brazo «N» de la constelación de Andrómeda y ser integrado en dicha constelación, es natural que el referido brazo «N» corra el mismo peligro de integrarse en la Vía Láctea... ¿no es cierto?

—Cierto, cierto... ¡Pero por Dios, llegue a conclusiones!

—Si en el Sistema Solar existe inquietud, miedo, desesperación, en una palabra, sentimiento de peligro, es porque existimos unos

seres vivos capaces de generar estos sentimientos, y si los hombres de ciencia luchan y se agrupan contra la conjura de las leyes físicas y nosotros nos agrupamos también alrededor de ellos, es porque somos capaces de concebir el peligro y por ende, nuestra defensa...

—Magnífico, lógico... Pero, ¡cuidado! Ese camino le lleva a conclusiones demasiado hipotéticas, inconsistentes, a supuestos que rozan lo absurdo.

—Exacto; rozan lo absurdo, pero no entran de lleno en él.

—¿Qué quiere usted decir?

—Simplemente empiezo a creer en la existencia de seres en el brazo «N» de Andrómeda, con el mismo miedo y la desesperación que nosotros y agrupados contra la misma conjura, pero contra nosotros.

Conway se quedó rígido mirando a Courton profundamente con una cierta mueca de indecisión. Unos segundos le bastaron para reaccionar.

—En este caso eso explicaría lo que usted calificó antes de causa o voluntad particular, fuera de las leyes físico-naturales. ¿No es cierto?

—Sí, con la desventaja de que nos han tomado la delantera. La desaparición de la astronave de Wellington lo demuestra.

—La supuesta desaparición de la astronave de Wellington no demuestra la existencia de seres originarios de Andrómeda y, en este caso, no puede aceptarse la intervención de éstos. No, no, no, mi querido amigo, ordene sus pensamientos de una manera lógica y coherente con la realidad y redúzcalo todo a una fórmula más sencilla, a la transparencia de los hechos y ello le acercará, tal vez, a lo más aceptable, es decir, a una avería de la astronave.

Courton miró fijamente unos segundos a Conway, e iba a decir algo pero se calló.

Comprendía la actitud del Coronel, jefe de Sunderpolar. El deber le imponía no aceptar más que hechos y esto era sólo una hábil recomendación que Conway le hacía para que la tuviese en cuenta en el momento de redactar el informe sobre lo sucedido que Courton tendría que presentar al Gran Cuartel General de Helión. De una manera concreta y hábil le había querido decir: «Cuidado, no se meta usted en líos.»

—Bien, vamos a beber una copa, se me olvidaba celebrar nuestro encuentro —dijo alegremente Conway—. ¿Le gusta el «ponsisk», Luiggi?

—Me agrada —repuso éste con sencillez.

—Ah, ah, noto que ha perdido usted la costumbre de beber, o lo que es peor, que no lo ha adquirido todavía.

Rieron los tres y brindaron por la gran amenaza: la gravitación; el invisible enemigo.

—Y bien —cortó Courton—, ¿a qué hemos venido a la Tierra, mi coronel? ¿Cuál es mi misión aquí?

—Sólo sé que dentro de cuarenta minutos partirá usted llevándose «algo» a Helión.

—¿Y qué es ello?

—Secreto, secreto; lo ignoro. Únicamente puedo decirle que a ese «algo» lo acompaña en persona el Jefe de Información del GCG en nuestro planeta. ¡Figúrese! Todo está preparado para su inmediata partida y, a juzgar por la extremada reserva y otras circunstancias, tengo la impresión de que su misión es altamente importante y... ¡asómbrese! Las instrucciones sobre su regreso las recibirá usted del propio jefe de Información. Esto es cuanto puedo decirle... ¡pero no ponga esa cara, hombre de Dios...! Vamos a beber otra copa, ¿eh, Luiggi?

CAPÍTULO IV

—Mi coronel, la estación Deltia transmite señales —dijo en voz alta uno de los ayudantes del coronel Conway. Éste dio un salto en su sillón y corrió presuroso hacia el ayudante mientras gritaba:

—¡Cuidado con la cinta de protoplast, no la toque con la mano!

Courton y Luiggi se levantaron de su asiento intuyendo que aquellas señales eran lo que estaban esperando desde hacía unos minutos.

Tres aparatos más, casi simultáneamente, comenzaron a funcionar con un zumbido apagado, a intervalos regulares.

Una cinta gris, estrecha y brillante se deslizaba en cada uno de ellos pasando sobre un puntito luminoso que, a veces era azul, otras rojo, naranja, amarillo y verde. El coronel Conway murmuraba en voz alta yendo su mirada de un aparato a otro.

—Celtia, Deltia, Beltia, Eltia... ¡Exacto! Son los nombres convencionales de las otras cuatro bases terrestres —informó dirigiéndose con una sonrisa a Courton.

Los aparatos dejaron de emitir aquel ligero zumbido y las lucecitas multicolores se detuvieron todas en el verde.

Conway ordenó a su ayudante transmitiera el acuse de recibo, quien cumplimentó la orden en el acto.

Seguidamente, asistido por sus ayudantes, de cada uno de aquellos aparatos retiró con pinzas de platino antimagnético, un trozo de cinta de protoplast y los introdujeron en otro aparato.

—El revelador —dijo en voz alta Conway sin volver la cabeza para que lo oyera Courton.

A los pocos instantes retiró los cuatro trozos de cinta del aparato, e introdujo una de ellas en otro de forma esférica. En la primera, segunda y cuarta, el aparato señaló con luz azul, en la tercera se iluminó una luz roja.

—Ésta es —afirmó el coronel cogiéndola con cuidado.

—Pero, ¿qué sucede, coronel Conway? —preguntó Courton algo intrigado.

—No sé todavía nada... Tal vez le sorprenda todo esto, pero desde ayer, estos procedimientos fueron adoptados por el Servicio de Información. Una verdadera revolución... Me pregunto para qué tanta tortuosidad y complicación. La calificación de «asunto secreto» ha pasado a ser «ultra secreto», casi es terrorismo mental... En fin, a lo mejor se sale usted con la suya.

Conway esbozó una corta sonrisa y esquivó la mirada escrutadora de Courton.

El coronel Conway adaptó la cinta que había señalado con luz roja en una especie de cilindro aplastado y metálico e introdujo éste en un aparato amplificador, cuya luz proyectada sobre una pantalla de selenio era filtrada previamente por una cámara blanca de helio.

Sobre la pantalla de selenio comenzó a desfilar una serie de puntos de contorno irregular y encuadramiento diverso. Todos los ojos estaban fijos en aquella pantalla sin que nadie comprendiera absolutamente nada, excepto el coronel Conway.

El desfile de aquellos puntos se interrumpió y el coronel se quedó concentrado en sí mismo. Al parecer trataba de fijar en su memoria o interpretar el significado de aquellos puntos que había visto en la pantalla.

—¿Qué significan esos puntos, mi coronel? —preguntó Courton —. Por supuesto es un mensaje, ¿no?

—¡Ah, ah...! Secreto ultra secreto... Lo que le dije, amigo Courton, terrorismo mental. Estamos llegando al paroxismo.

Rápidamente, con aquella manera de hablar nerviosa y tajante, tan característica en Conway, dio órdenes a sus ayudantes para que las transmitieran a los distintos servicios de la base de Sunderpolar.

Inmediatamente los departamentos de defensa y los equipos móviles interplanetarios, contestaron: «preparados».

—Bien, amigo Courton, ha llegado el momento de despedirnos. Dentro de unos instantes ya no tendremos mucho tiempo. No sé cuándo le volveré a ver, pero de todas maneras le deseo suerte.

Y tomándole la mano se la estrechó con cierta emoción. Rápidamente se volvió a Luiggi.

—A usted, también le deseo suerte.

—¿Pero a qué viene tanta prisa, mi coronel? —exclamó sorprendido Courton.

—He ahí el motivo —dijo señalando abajo la pista central.

En aquel momento, y de una manera silenciosa, se deslizaban sobre la pista central de la base militar cuatro aeronaves de tipo moderno, en formación militar, quedando paradas sobre la bruñida superficie.

—En cuanto se encuentren ustedes en presencia del Jefe del Servicio de Información, ya no me estará permitido hablarles. La orden es tajante... Vamos.

Courton y Luiggi quedaron sorprendidos y cruzaron entre ambos una mirada de extrañeza. ¿Pero qué significaba todo aquello? ¿Adónde habían ido a parar las cosas en las escasas horas que hacía habían salido de Helión, para qué se adoptaron medidas tan rígidas y alarmantes?

Courton no se asustaba fácilmente, pero toda aquella circunstancia le preocupaba de una manera incómoda. No veía nada claro, concreto, sino al contrario, impreciso, misterioso, y esto le desasosegaba.

Tal vez lo más lógico sería adoptar la posición de Conway; atenerse solamente a los hechos y no pensar en ellos demasiado... Aunque le daba la impresión que Conway sabía algo que no había podido revelarles. Su deber le había impuesto silencio.

Fueron tras de los pasos rápidos de Conway, con el que descendieron por otra plataforma distinta a la que habían utilizado para subir, y abandonaron la torre de mando y control para salir a las pistas.

Courton y Luiggi se quedaron sorprendidos. Las cuatro aeronaves habían desaparecido y en su lugar se encontraban en la pista lateral B tres astronaves del tipo Mercurión, de transportes militares, armadas, y en la pista central un sideroplate y tres astronaves ligeras de combate de gran poder ofensivo, alineadas detrás de aquél.

«¿Pero qué significa todo aquello?», se preguntó mentalmente Courton. Luiggi le miró interrogativamente.

—¡Vamos, no se detengan! —les gritó Conway que se les había adelantado.

Al pie del escotillón de entrada al sideroplate esperaba un hombre de aspecto indescifrable, de unos cuarenta años, moreno y de mirada tranquila y penetrante.

Courton y Luiggi, al acercarse a la astronave se dieron cuenta que era un sideroplate distinto al que habían traído de Helión.

Crecía el número de circunstancias extrañas, pensó con cierta excitación Courton, y sus nervios se pusieron en tensión ante la presencia de aquel hombre, con cierto aire misterioso, al que no había visto en su vida.

Conway, saludó militarmente.

—Le presento al comandante Courton y a su primer piloto —y muy serio añadió mirando a los presentados—. El jefe de los Servicios de Información, comandante Somoa.

El comandante Somoa sonrió y les estrechó la mano en silencio haciendo una leve inclinación de cabeza.

—Tengan la bondad de pasar —dijo en tono amable. Su voz tenía un timbre monótono.

Courton y Luiggi penetraron en la astronave seguidos por el jefe de los Servicios de Información, quien con un gesto les indicó penetraran en la amplia cabina de pilotaje. Courton se preguntaba si allí estaría Dick y, en efecto, allí lo encontraron esperándoles.

Una vez penetraron todos en la cabina, el comandante Somoa que había entrado el último, cerró la puerta. Se detuvo, permaneciendo de pie y miró a los tres hombres en silencio durante unos instantes.

—Señores, se les confía la misión más importante que ha existido jamás. No puedo adelantarles noticia alguna sobre la naturaleza de esta misión, pero lo que sí quiero que graben en su memoria de una manera absoluta y total es que esta nave única y solamente debe ser entregada al Alto Estado Mayor del Gran Cuartel General de Helión. No debe haber causa ni motivo de la índole o naturaleza que sea, ni circunstancia por muy grave que parezca, que justifiquen el que esta nave vaya a parar a otras manos que las que acabo de indicarles. Pero, sobre todo, y a costa de los mayores sacrificios, debe llegar al Alto Estado Mayor. Si por desgracia existiera la evidencia, en un momento dado, que pudiera ocurrir lo contrario, este dispositivo —y señaló un aparato a su derecha— puede provocar la destrucción total de la astronave...

Ustedes están ligados de una manera total a la suerte de ésta y espero cumplan con su deber, inexorablemente, en cualquier caso.

Courton y sus dos pilotos cambiaron una mirada de comprensión y entendimiento del problema.

—Bien —prosiguió Somoa—, esto en cuanto a la parte principal. Ahora entremos en detalles... Debajo de esta cabina, es decir, en la cabina de fondo, viaja una caja grande de acerotrón perfectamente soldada, motivo de este viaje y de las anteriores instrucciones, la cual quedará reflejada en esta pantalla permanentemente durante el trayecto con el fin de que, en ningún momento, la pierdan de vista.

Y acercándose a un aparato de imagen corta que había a su izquierda, accionó un pulsador apareciendo en su pequeña pantalla la imagen de una caja metálica, alargada, normal y corriente.

Courton y sus dos pilotos miraron con curiosidad la imagen en la pantalla, tal vez preguntándose interiormente qué contendría aquello, sin atreverse a formular la pregunta.

El comandante Somoa, sin más comentarios sobre el particular, dio unos pasos hacia la pantalla grande sidero-fotoscópica y accionó uno de los pulsadores apareciendo en la misma, con diafanidad y pureza, todo el Sistema Solar en la posición exacta que en aquel momento tenía en el espacio con referencia a la Tierra, todos los demás planetas y el Sol.

—Por razones de seguridad —continuó el comandante Somoa— la trayectoria del planetoide Helión ha sido modificada. Véanlo ustedes.

Y pulsó otro botón apareciendo en la pantalla un punto brillante que rebasaba apenas la órbita de Júpiter.

Courton arrugó el entrecejo y murmuró para sus adentros: «¡Cielos!, pero ¿qué ocurría cuando se había llegado a una medida tan extrema?», pues, desde hacía siglos, la trayectoria de Helión no había sido modificada.

—Esto es muy importante que lo tengan en cuenta para poder llegar a Helión —añadió el jefe de los Servicios de Información, sonriendo, mientras se adelantaba hasta el centro de la cabina—. Los cuatro Mercuriones que habrán ustedes observado en la pista lateral B, no tienen más misión que viajar sobre la ruta que usted hizo, comandante Courton, hasta llegar a Júpiter y volver, operación de diversión, mientras que usted seguirá otra ruta distinta. No

distinta a los Mercuriones, como es natural, sino a la que lógicamente debería seguir.

Hizo una pausa y se acercó a la pantalla sidero-fotoscópica.

—Lo lógico —prosiguió—, en cualquier caso, sería seguir la ruta teórica «línea recta», pero su ruta, por el contrario, la trazará usted según la coordenada sexta del cuadrante de Moff... Esto, aunque le parezca absurdo, es necesario que sea así, pues lo importante en este caso, es alejarse de la lógica. ¿Me comprende, comandante Courton?

Courton asintió con la cabeza; su asombro, al igual que el de Luiggi y Dick, era tan grande que no hubiera podido articular palabra alguna.

—Bien, la orden de partida le será dada desde la torre de mando de esta base, y como también habrá podido comprobar, irán escoltándole a usted tres «boliciclos» de combate.

Como preocupándole una idea, afirmó:

—Pase lo que pase no debe jamás desviarse de su ruta; ésta es la orden.

—Perfectamente, señor —pudo decir por fin Courton. Tantas cosas sorprendentes le habían anonadado un poco.

—Esto no es todo —siguió Somoa—. Han de tener en cuenta que por pura prevención, no recibirán mensaje alguno durante el viaje y, como consecuencia, ustedes tampoco podrán comunicar con nadie. El sideroplate, incluyendo la escolta de combate, lleva anulados estos equipos.

Courton miró sin pestañear al comandante Somoa y observó que sus pilotos se miraban entre sí un poco alarmados.

—Un poco desusado y misterioso es esto, lo comprendo —dijo el jefe de los Servicios de Información dirigiéndose a Dick y Luiggi —, pero no hay por qué alarmarse. Es simplemente una razón de seguridad. Ahora bien —y miró al rostro serio pero totalmente sereno de Courton—, como todo este misterio necesita una explicación, al menos mínima, para que no produzca irresponsabilidades, en razón de que va a quedar circunscrita entre las paredes de esta cabina hasta que lleguen a Helión, naturalmente, les diré que esa caja —y señaló la imagen en la pantalla pequeña— contiene, dentro de un bloque de biokrina, un prisionero. El más importante prisionero de todos los tiempos.

Mientras hablaba se había ido retirando lentamente hasta la puerta de la cabina y abriendo ésta, terminó:

—Y bien, señores, sólo me resta decirles que les deseo mucha suerte, ya que tal vez el futuro del Sistema Solar queda depositado entre sus manos.

Hizo una leve inclinación de cabeza y abandonó la cabina, cerrando tras de sí la puerta.

—¡Ha dicho un prisionero! —exclamó Luiggi.

—¡El prisionero más importante de todos los tiempos! —comentó asombrado Dick—. ¿Qué piensa usted de todo esto, mi comandante?

A Courton le daban vueltas con tremenda rapidez los pensamientos en su cabeza, precipitados, en torbellino. Hizo un esfuerzo para frenar aquella carrera reflexiva y se repuso para dar comienzo al cumplimiento de su deber.

—Ya tendremos tiempo de dedicarnos a especulaciones durante el viaje, pues como habrán podido observar nos han ahorrado más de la mitad del trabajo. Vamos, Dick, accione el automático de cierre del escotillón exterior y compruebe condiciones interiores de la nave, y usted, Luiggi, enfóqueme la torre de mando de la base con imagen corta. Supongo que la orden de partida no tardarán mucho en dárnosla, y ésta será luminosa, pues no hay otra forma.

Mientras Luiggi centraba en la pequeña pantalla la torre de mando desde la cual Conway les daría la señal de partida, Dick accionaba el automático electrónico de cierre exterior, sin resultado.

Volvió a intentarlo de nuevo, otra vez, sin conseguirlo e hizo un pequeño gesto, desconcertado. Courton se percató de ello.

—¿Qué ocurre, Dick?

—Esto, que no funciona.

Courton sospechó que desde la torre les estaban manejando.

—Compruebe —ordenó a Dick.

Dick, comprobó el cierre del escotillón exterior.

—Está perfectamente cerrado —contestó habiendo comprendido a Courton.

—¿Presión interior?

—Normal, mi comandante.

—Bien, ocupe el puesto de Luiggi, y usted, Luiggi, prepare propulsores para despegar.

Cumplieron lo ordenado ambos pilotos y Courton se acercó a un pequeño cerebro electrónico, junto a la pantalla sidero-fotoscópica.

—Esté atento a las señales de la torre, Dick... Aunque tal vez, no las haya —dijo sin volver la cabeza.

Comenzó a accionar el pequeño cerebro electrónico tomando como referencia determinados números impresos en la escala de la pantalla y, al momento, obtuvo el resultado por el que podían fijar la ruta inicial que tomarían con arreglo a las instrucciones que, un momento antes, les había dado el comandante Somoa.

El resultado apareció simultáneamente iluminado, en el cuadro central de mandos de la astronave y debajo mismo de la pantalla sidero-fotoscópica.

—¡Los propulsores se han puesto en marcha, mi comandante! —exclamó Luiggi.

—No se preocupe, Luiggi, Conway es muy amable. ¿Hay alguna señal de la torre, Dick?

—No, señor.

—Mi comandante, estamos despegando —advirtió ahora con naturalidad Luiggi.

En efecto, la torre de mando de la base de Sunderpolar desaparecía en aquel instante del sector de visión de la pequeña pantalla, frente a Dick y la astronave iniciaba su ascenso hacia el espacio.

—Esté atento para ver cuándo nos dejan libres, y compruebe la ruta con los datos que le he dado —ordenó Courton a su primer piloto—. Y usted, Dick, compruebe si los boliciclos nos siguen.

Courton dio unos pasos hacia la pantalla donde se reflejaba la caja de acerotrón conteniendo al misterioso prisionero y se quedó observándola unos instantes. ¿Quién sería el que allí iba, que había provocado semejante revuelo en los procedimientos secretos y de seguridad del GCG?

No cabía la menor duda que él, Courton, había sido enviado a la Tierra para conducir a Helión a semejante personaje. ¿Quién sería? ¿Por qué tanto secreto, tanto misterio y tanto derroche de

precauciones? Algo grave ocurría, era evidente y sin saber por qué, en el fondo, relacionaba la desaparición de la astronave de Wellington con aquel prisionero. ¿Qué podía haber en común entre ambas cosas? Se encogió de hombros.

En aquel momento, Luiggi le advirtió que al sideroplate le había sido devuelto su control por la base de Sunderpolar y que caminaban libres por el espacio sobre la ruta marcada.

Los tres boliciclos seguían a la nave en perfecta formación de combate y, al poco rato, Courton y Dick contemplaban a su querido planeta, la Tierra, que era ya sólo una pequeña esfera luminosa y lejana en la pantalla.

CAPÍTULO V

«Tal vez el futuro del Sistema Solar queda depositado en sus manos». Había dicho el jefe de los Servicios de Información y Courton, pensaba y volvía a pensar en aquella enigmática frase, que le dejaba confuso.

Le sugería tantas cosas, tantas ideas, que no sabía con cuál quedarse. Realmente, ¿qué es lo que Somoa había querido decir con aquello? Había momentos que le parecía ver el problema claro y esto le animaba. Si tal vez estaba en sus manos el futuro del Sistema Solar y aquel prisionero era el más importante de todos los tiempos, sin duda alguna la clave del problema se encontraba en aquel prisionero.

¿Pero quién era para que tuviese tanta importancia? Y esto es lo que no comprendía. No le cabía en la cabeza que un problema de tal dimensión cupiese en aquella caja metálica, residiera en aquel individuo en estado inconsciente, aprisionado en la biokrina.

Y en cuanto a él, no podía aceptar que por él mismo dependiese el futuro del Sistema Solar; esto era absurdo. Puede que Somoa hubiese exagerado, cabía en lo posible que al estar preocupado por muchas cosas no hubiera acertado a expresar exactamente su pensamiento, pero esto también era un poco absurdo si se tenía en cuenta hasta dónde se habían extremado las precauciones de aquella operación.

Courton se dio cuenta de que sus dos pilotos, sin descuidar su trabajo, se movían silenciosos y pensativos.

Sin duda alguna, los tres estaban pensando cosas análogas y de repente sintió necesidad de expresar a sus ayudantes todas sus reflexiones.

—Pero, ¿quién puede ser ese prisionero?, me pregunto, mi comandante.

—No lo sé, Dick —respondió Courton.

—Pensemos con lógica —intervino Luiggi—. Si el prisionero fuese un gran hombre, un gran genio, que él, por sí mismo, pudiese

resolver el problema del futuro de nuestro Sistema Solar, ni sería calificado de prisionero, ni habría necesidad de conducirlo así, encerrado en esa caja...

—Eso es lo que yo también pienso —dijo Dick.

—Y si es tratado y conducido, naturalmente, como un prisionero —objetó Courton— es que se trata de un enemigo.

—Eso es lógico —repuso Luiggi.

—Y si es un enemigo —siguió Courton—, ¿qué clase de enemigo es si se trata de un hombre del sistema solar? Sería absurdo pensar que es enemigo de sí mismo. Además, ¿qué puede hacer un solo hombre contra todos?

—Tal vez sea un loco —entrevió Dick.

—No, a un loco se le encierra y, en paz, no se le conduce con este misterio a Helión, con toda la cantidad de recomendaciones y órdenes que nos ha dado el comandante Somoa. No tendría objeto este tremendo artificio de precauciones.

—En ese caso —advirtió Luiggi—, o dejamos este asunto por insoluble, hasta que lleguemos a Helión, donde supongo que nos enteraremos de algo, o hemos de admitir que se trata de uno de esos seres del brazo «N» de Andrómeda, a los cuales se refirió usted, mi comandante, en su conversación con el coronel Conway.

Dick se quedó algo perplejo ante aquella posibilidad apuntada por el primer piloto.

Courton sonrió.

—No sé, Luiggi. Lo mejor será dejarlo estar hasta que, como usted dice, lleguemos a Helión. Es demasiado complejo el problema, son demasiadas incógnitas las que nos rodean, para no dudar de todo. Cualquier cosa puede ser verdad y, por la misma razón, no serlo, pero yo tengo mis sospechas, ya lo sabe usted. Aunque los hechos no me acerquen al problema yo tengo mis sospechas, claro que fundadas en una simple intuición.

Dick se había quedado mirando a la pantalla sidero-fotoscópica con cierta atención mientras hablaba Courton. De repente, hizo un gesto de asombro, y apuntando a la pantalla exclamó:

—¿Qué será esa pequeña sombra que ha aparecido ahí, mientras hablábamos?

Courton y Luiggi se volvieron sorprendidos hacia la pantalla e

instintivamente los tres se acercaron a ella.

En efecto, por el ángulo inferior de la derecha había penetrado una pequeña sombra, algo confusa en sus contornos, imprecisa, que avanzaba lentamente hacia el centro, que era siempre el punto que ocupaba la astronave. Al parecer se trataba de un cuerpo extraño que corría al encuentro de la astronave, sin poderse precisar qué era.

—¡Detéctelo con la pantalla de imagen corta! —ordenó alarmado Courton.

Dick, antes de que Courton hubiese terminado la frase, corrió a la pantalla de imagen corta e hizo funcionar el aparato.

En el cuadro de la misma brilló una luz azulada.

—Dígame situación, mi comandante.

Courton operó rápidamente en el pequeño cerebro electrónico tomando como referencia la posición de aquel cuerpo extraño en la pantalla sidero-fotoscópica y le dio la posición exacta que ocuparía aquél dentro de quince segundos.

Maniobró Dick los mandos y los reguladores y le esperó detectando el sector del espacio que le indicara Courton.

A los pocos segundos apareció en aquella pequeña pantalla, por el lateral derecho, el cuerpo extraño de líneas y contorno impreciso. Al parecer se acercaba cada vez más, al sideroplate.

—Maniobre el foco, ¡rápido! —ordenó impaciente Courton a su segundo piloto.

Los tres hombres miraban la pantalla intrigados y con la natural impaciencia del momento.

Al parecer, aquel extraño cuerpo no se les venía encima a mucha velocidad, pero relativamente ya lo tenían cerca.

Dick maniobró el foco del aparato con la rapidez que le permitía su nerviosidad, y las líneas imprecisas y borrosas que no permitían identificar aquel objeto, se hicieron concretas y apareció la imagen nítida y perfecta.

—¡Un hombre! —exclamaron los tres casi simultáneamente asombrados.

En efecto, un cuerpo humano, pertrechado con equipo espacial, vestido completo y escafandra de cristaloplasto, viajaba por el

espacio, solitario, en dirección al sideroplate.

Sin duda alguna, por la vestimenta, se trataba de un hombre del sistema solar.

—¡Qué demonios hará este hombre por aquí! —exclamó Dick—. Sólo un loco se atrevería a viajar de esta manera.

—O un desesperado —objetó Courton con honda preocupación. Su rostro se había transfigurado.

—Pero no comprendo —intervino Luiggi—, si no hace funcionar pronto su célula magnética, va a quedar aplastado contra el sideroplate.

—¡Pronto! —ordenó Courton sin dejar de mirar por la pantalla a aquel hombre misterioso que sin hacer ningún movimiento, avanzaba hacia la astronave al parecer abandonado a la fuerza gravitatoria que ejercía la misma—. Luiggi, láncele una descarga de rayos magnéticos en la longitud de 0,001. Hay que atraparlo.

Luiggi se lanzó a cumplimentar lo ordenado, pero no tuvo necesidad.

Uno de los boliciclos de la formación de escolta que seguía al sideroplate, se adelantaba en aquel momento y con una descarga de rayos magnéticos interceptó el paso de aquel desconocido viajero del espacio desviándole de su línea de recorrido.

Éste, como dando una pequeña sacudida, comenzó a describir en el espacio un arco de movimiento circular y pasando cerca del sideroplate continuó su movimiento en espiral, hasta que dirigido desde el boliciclo se iría cerrando sobre la astronave, hasta su captura.

Courton maniobró los mandos de la pantalla de imagen corta siguiendo a aquel extraño personaje del espacio.

Aquel hombre, enfundado en su vestido sideral, no hacía el menor movimiento, semejando un monigote errante, abandonado a las fuerzas ciegas de los espacios cósmicos.

—Debe estar muerto —dijo con cierta preocupación Dick.

—Casi seguro —susurró Luiggi.

Courton guardó silencio y se preparó para recoger la imagen de aquel ser cuando la próxima curva espiral que describiera le acercase al sideroplate.

Maniobró los mandos del telefoco de la pantalla para acercar la imagen lo más posible, con intención de ver si podía identificarlo y esperó unos segundos.

El hombre del espacio, dirigido por el boliciclo que lo había atrapado con sus ondas magnéticas, comenzó a describir su tercera curva, más cerrada que la anterior, de aproximación al sideroplate y el telefoco de la pantalla de imagen corta de Courton comenzó a ganar profundidad en el espacio.

La imagen de aquel misterioso ser se fue agrandando en la pantalla hasta casi ocupar un primer plano.

Courton maniobró unos reguladores y la imagen se dibujó con claridad y concreción en la pequeña pantalla, al mismo tiempo que un grito casi ahogado de estupor salía de la garganta de Dick.

—¡Lermontov!

Courton y Luiggi se quedaron como petrificados, pálidos y sin poder articular palabra alguna ante la imagen de aquel rostro reflejado en la pantalla, sin vida, con las facciones ligeramente contraídas por la muerte.

Aquel hombre del espacio era el segundo piloto que acompañaba a Wellington en el sideroplate en el momento que desapareció en circunstancias tan extrañas.

Los tres se miraron tremendamente sorprendidos y quedaron en silencio unos instantes, mientras el cadáver del infortunado Lermontov era capturado por el boliciclo de la escolta.

¿Qué nuevo misterio encerraba la desaparición de Wellington y sus hombres?

CAPÍTULO VI

En el planetoide Helión todo había sido preparado con rapidez y meticulosidad para la llegada de la expedición que conducía al prisionero procedente de la Tierra.

Courton no sospechaba que fuese esperado con tanta ansiedad.

Unos minutos antes de llegar a Helión se sumaron a la escolta del sideroplate, tres boliciclos más de combate que salieron a recibirlos con el fin de redoblar la protección de los expedicionarios.

Al aterrizar en una de las grandes pistas de la base interplanetaria, dirigida nuevamente la astronave desde la gran torre de mando y control, Courton pudo percatarse de que su llegada constituía un acontecimiento bastante más importante que lo que él se había imaginado.

Una de las cosas que llamaron poderosamente su atención antes de aterrizar, a través de la pantalla de imagen corta, fue la carencia absoluta de edificios normales, de alojamiento y recreo del personal de aquella imponente base que, antes de su partida, se hallaban diseminados a la parte extrema derecha de las pistas y, algunos en el centro donde convergían éstas.

De todo aquello, solo habían quedado las torres de defensa, lejanas entre sí y la inmensa mole de acerotrón de la gran torre de mando y control.

No le cabía la menor duda de que todos aquellos edificios habían sido retirados, como podía hacerse en caso de emergencia, fácilmente, al interior, a las plantas inferiores del planetoide, debido a una medida extrema de seguridad.

Y aunque la superficie de Helión parecía desértica, envuelta en una calma sugestiva, las evoluciones constantes de los boliciclos y otras astronaves de combate sobre el cielo, hacían presagiar una tremenda tensión y una grave amenaza.

Sólo aterrizaron el sideroplate y los tres boliciclos que le habían dado escolta desde la Tierra, pero los otros que habían salido a recibirles permanecieron en el espacio, sobre sus cabezas,

protegiéndoles expresamente.

Courton y sus hombres, ante aquel ambiente creado por semejantes medidas de precaución y, también de temor, cambiaron en silencio una mirada de honda preocupación y extrañeza. Se adivinaba que algo muy serio y extremadamente grave ocurría.

Nada más posarse sobre el sector de la pista al que fue dirigido el sideroplate, el suelo cedió y comenzó a descender con la astronave al interior de la base.

Courton ordenó a Luiggi estuviera alerta para abrir el escotillón exterior.

Con seguridad estaría esperando para hacerse cargo del prisionero el general Balbroock en persona, una de las personalidades científicas y militares de más prestigio en el Alto Estado Mayor del GCG.

La astronave fue retirada de la plataforma en la que había descendido y, a los pocos instantes, le fue indicado a Courton por el transmisor de sonido negro que podía abrir el escotillón exterior.

Luiggi maniobró los mandos electrónicos y Courton lanzó una última mirada interrogante a aquella caja de acerotrón cuya imagen dibujada en la pantalla les había acompañado durante todo el trayecto como una pesadilla.

El viaje había terminado felizmente, pero ¿qué significado tendría el contenido de aquella caja en un futuro inmediato?

La puerta de la cabina se abrió y un hombre de unos cincuenta y tantos años, de pelo blanco y abundante, ojos azules y rasgos faciales angulosos, se destacó, alto y robusto, en la puerta de la cabina penetrando en su interior.

—Gracias a Dios que han llegado ustedes —exclamó aparentando cierta calma y serenidad—. Jamás he esperado a nadie con tanta impaciencia como a usted, Courton... Bueno —continuó con un leve suspiro de alivio recobrándose de su tensión nerviosa, mientras miraba la caja que se dibujaba en la pantalla— por lo que veo no ha ocurrido novedad.

—Ninguna, señor —repuso Courton— es decir, cuando íbamos hacia allá...

—Sí, sí, no es necesario... —cortó rápidamente el general Balbroock—, estoy informado de todo.

—Créame que lo siento de veras, mi general. Su sobrino y yo éramos excelentes amigos... No he tenido otro compañero como Wellington.

—Y, a propósito, ¿conoce usted al hombre muerto que capturaron durante el viaje?

—Sí, mi general, pude identificar su rostro con la imagen corta de a bordo cuando lo atrapaba nuestra sideronave de combate... No comprendo lo que puede haber sucedido.

—Todo se aclarará, no le quepa a usted la menor duda —dijo Balbroock con cierto optimismo cargado de preocupación. Y volvió de nuevo a mirar la imagen de la caja metálica—. Es esto, ¿verdad?

—Sí, mi general, esto es —contestó rotundamente Courton.

—Ha sido mi pesadilla... casi, casi me ha hecho enfermar de los nervios —y volviéndose a Courton dijo en tono confidencial—. ¿Sabe usted cuál es su contenido?

—Según me dijo el comandante Somoa, un prisionero.

—Ya, pero ¿sabe qué clase de prisionero es?

—El más importante de todos los tiempos —contestó Courton con una sonrisa.

—En efecto, pero el misterio lo justifica... Venga conmigo, tenemos mucho trabajo y necesito su ayuda.

Abandonaron la cabina saliendo al exterior del sideroplate, Balbroock seguido de Courton.

Un cordón de hombres armados, al mando de un oficial, rodeaba la astronave de una manera tan solemne que impresionó a Courton.

Balbroock dio orden al oficial de que trasladasen inmediatamente la caja metálica con extremado cuidado al salón del Consejo del Alto Estado Mayor y cogiendo del brazo a Courton subieron a un pequeño vehículo de tracción magnética que se deslizó velozmente conducido por Balbroock, por aquellos inmensos corredores, bajo de la superficie de la gigantesca base interplanetaria, hasta llegar a una de las puertas de acceso subterráneas al GCG.

—Hay algunas cosas que desconoce usted, amigo Courton — dijo Balbroock mientras conducía a sus aposentos particulares a su acompañante—. Y la más elemental de momento y necesaria es que sepa usted que ese prisionero es un ente... llamémosle

humano, habitante de uno de los muchos sistemas planetarios del extremo del brazo «N» de la nebulosa de Andrómeda.

Courton, ante aquella noticia, se quedó paralizado y su rostro y su mirada adquirieron la rigidez de un poseído.

Por unos momentos, sus pensamientos le acudieron precipitados, en una especie de vendaval atropellándose unos a otros, sumiéndose en un cierto caos mental.

Tantos pensamientos se cruzaban en su cerebro que resbalaba sobre ellos sin poder fijarse en ninguno.

En unos instantes, su cabeza se encontró sometida a una presión nerviosa tan fuerte que hubo menester de un tremendo esfuerzo de su voluntad para recobrarse y poner en orden todos aquellos pensamientos.

Balbroock, excelente observador humano, se dio cuenta con cierta extrañeza que la noticia había causado en Courton una impresión no muy coherente y lógica con las circunstancias.

Habían llegado a sus aposentos y abriendo la puerta invitó a pasar a Courton, entrando ambos.

—Creí que iba a sorprenderle la noticia... y créame, ahora el sorprendido soy yo. ¿Quiere usted explicarme, amigo Courton? —dijo Balbroock con cierto tono de bondad en su voz, mientras apoyaba su mano amistosamente en el hombro de Courton.

—Verá... sí que me ha sorprendido, pero mi sorpresa ha sido de índole distinta a la que usted esperaba... Tenía otro sentido, ya que esta noticia ha confirmado mis sospechas.

—¿Sus sospechas...? ¿Usted sospechaba semejante cosa?

—Sí, mi general. A partir de la desaparición de Wellington y, dadas las características que envolvían a este suceso, lógicamente me hicieron concebir estas sospechas, así lo expresé al coronel Conway. El hecho de que las dos naves no corrieran la misma suerte, me hizo suponer que la causa no estaba en un fenómeno de orden general, sino particular y, en este caso, irremediablemente tenía que llegar a la sospecha que había otros seres con la misma angustia y zozobra que nosotros, y que las circunstancias los colocaban en el terreno de enemigos. Esto a primera vista me parecía una cosa algo absurda pero, en el fondo de mis pensamientos, no podía descartar esta posibilidad... ¿Me comprende?

—Perfectamente, amigo Courton... y no iba usted desencaminado. Éste es el comienzo real de la gran amenaza. La única ventaja que tiene es su condición de concreta, por lo que ya tenemos algo contra qué luchar, pero esto, en cierta manera, dificulta las cosas. Tendremos que emplear todo nuestro esfuerzo a fondo. El tiempo es otro de nuestros enemigos, por esto no podemos fallar en ninguna de las decisiones que se tomen... Hemos de trabajar aprisa y eficientemente, de lo contrario —y un gesto de preocupación ensombreció su rostro— podemos llegar tarde.

Balbroock se acercó a su mesa de trabajo y pulsó uno de los botones de un cuadro que había sobre la misma, permaneciendo de pie.

—Hemos de conseguir hacer hablar al prisionero. Es urgentísimo saber qué es lo que se esconde tras de su aparición.

—Y... ¿sólo se ha capturado uno?

—Sí, por pura casualidad, fue detectado un objeto extraño sobre la ionosfera terrestre. Algo que no se esperaba, ni se tenían noticias en ningún sentido. No contestó a las llamadas que se le hicieron desde la Base que lo detectó ni se percibió mensaje alguno. Cundió la alarma y se pusieron en funcionamiento los detectores inframagnéticos y, entonces, pudieron seguir el rastro de algo que descendía, sin saber exactamente qué era. Antes de llegar a tierra, habiendo ya localizado las pantallas de imagen corta el sitio exacto donde se encontraba, no fue difícil inmovilizarlo a distancia. Quedó aprisionado en un bloque de biokrina en los laboratorios de la base y enviaron aquí un informe cifrado que recibí yo inmediatamente, dando cuenta de este extraño extranjero distinto a cualquier habitante de nuestro sistema solar. Se pidió con la mayor urgencia una fotografía del extraño visitante y, a los pocos minutos, nuestro servicio de siderofoto reveló este positivo electrónico. Quince minutos más tarde salió usted hacia la Tierra.

Balbroock se acercó nuevamente a su mesa de trabajo y pulsando un botón de aquel cuadro dejó la estancia casi a oscuras.

Inmediatamente pulsó otro botón y de uno de los laterales de la estancia salió un haz luminoso que fue a proyectarse sobre una pantalla fluorescente en la pared de enfrente.

Una extraña figura de anchas espaldas, talla baja y miembros cortos, absolutamente sin pelo en la cabeza y cejas, enfundado en un raro vestido espacial, con escafandra de protección

extrañamente grande, se dibujó sobre aquella pantalla opaca.

Courton lo observó con curiosidad; aunque los rasgos del rostro no eran duros tenía una expresión extrañamente indefinida. Parecía dormitar plácidamente.

En esto, una puerta a sus espaldas se abrió y Balbroock sin volverse preguntó:

—¿Eres tú, Eveline?

—Sí, tío.

Courton se estremeció. ¿A quién le recordaba aquella voz?

Balbroock iluminó nuevamente la estancia y, al volverse Courton se encontró con una muchacha esbelta, no muy alta, graciosamente proporcionada, rubia, de ojos negros y labios perfectamente dibujados. Parecía triste y algo ausente.

Balbroock consultó su reloj.

—Por favor, ¿quieres traernos algo de beber, querida Eveline...? Nos quedan sólo unos minutos y necesito beber algo. ¡Ah, perdón! ¿Se conocen ustedes? —De una ojeada, Balbroock se dio cuenta que ambos se miraban algo sorprendidos y con cierta timidez. Evidentemente no se conocían, y pasó a la presentación—: Mi sobrina Eveline... el comandante Courton. Por cierto, amigo Courton, ¿sabía usted que Eveline es hermana de Wellington?

Courton se quedó algo perplejo. Ahora comprendía el timbre de aquella voz.

—Pues... sabía que tenía una hermana pero no la había visto hasta este instante —y se acercó a la muchacha—. Créame, señorita que... lamento...

—Lo comprendo... Sé que era usted amigo de él. Varias veces le oí hablar de usted...

Y la voz se quebró en su garganta emitiendo un ligero sollozo.

—Vamos, Eveline, hija mía —dijo Balbroock abrazando paternalmente a la muchacha—. No debes perder la esperanza; ya verás cómo no le ha pasado nada e intentaremos rescatarlo, ¿verdad amigo Courton?

—Estoy siempre a sus órdenes, señor, y en este asunto creo que soy la única persona a quien le corresponde este deber.

Los negros ojos de la muchacha miraron abiertamente a

Courton, llenos de curiosidad, admiración y fe en su persona, y éste quedó extremadamente impresionado por la expresión de aquella mirada y por la ligera palidez que cubría aquel bello rostro.

¡Qué belleza tan sutil y emotiva imprimía el dolor en aquella mujer!, pensó Courton.

La muchacha abandonó la estancia en silencio, emocionada y algo más animada por las palabras de Courton.

—La dificultad estriba en saber —prosiguió Balbroock— si nuestros aparatos de interrogación pueden hacer hablar al prisionero. Las incógnitas a despejar son varias: la primera es averiguar si es posible desposeerle de su vestido espacial sin que su vida corra riesgo al encontrarse su organismo en un medio ambiente distinto al habitual donde se ha desarrollado. Suponiendo que esto sea posible no sabemos si la morfología de su masa encefálica será semejante a la nuestra; en cuyo caso, si sus ondas cerebrales son distintas nos encontraremos con otro grave problema. En el caso de no ser posible quitarle su vestido, fáltanos conocer, también, si nuestros aparatos podrán atravesar los materiales de éste, e incluso si esto fuera posible, tal vez, nos encontremos con el mismo problema que le he apuntado antes.

Courton le escuchaba en silencio, prestándole la mayor atención e interés.

Eveline entró con una bandeja, vasos y una botella. Su semblante parecía más sereno, más confiado.

—¡Ah, ah!... La bebida es un buen estimulante en los momentos difíciles. Bebamos una copa.

Escanció Balbroock en tres vasos un poco de bebida y le ofreció uno a su sobrina y otro a Courton.

—Bebe, querida, esto te sentará bien y además —añadió Balbroock con una paternal sonrisa—, vamos a brindar por lo que tú quieras.

Levantaron los tres sus vasos y Eveline, mirando directamente a los ojos de Courton, dijo solemne:

—Porque el señor Courton encuentre pronto a mi hermano.

Se produjo un embarazoso silencio por aquel brindis inesperado. Los ojos de Eveline despedían fuego, bellísimos, una mirada brillante enviada directamente al fondo del corazón de Courton como un mensaje, mitad reto y mitad súplica.

Courton comprendió, pero también quedó fascinado por aquella mirada.

—Se lo prometo, señorita.

Y Courton hizo una leve inclinación respetuosa. Balbroock tosió levemente al objeto de romper aquella situación.

—Bueno, bueno, pero se nos olvida algo importante, beber —y miró a su sobrina sonriendo—. Sea por lo que ha dicho Eveline.

Los tres bebieron simultáneamente el contenido de sus vasos y Eveline, en silencio, abandonó nuevamente la estancia.

Courton involuntariamente la siguió con la mirada. Balbroock presintió que Courton comenzaba a enamorarse de su sobrina.

—Es bonita la muchacha, ¿eh? —dijo sonriendo Balbroock.

—¿Eh...? ¡Ah, sí... es muy guapa! —dijo algo turbado Courton.

—Bien, volvamos a lo nuestro... lo más extraño es que en ninguna otra parte de nuestro Sistema Solar ha aparecido hombre alguno de Andrómeda. Sólo en nuestro planeta la Tierra. Se está en permanente contacto con todos los servicios de información de nuestro Sistema Solar, sin que hasta este momento haya noticia alguna en este sentido. Cabe preguntarse por qué precisamente eligieron la Tierra y cuál era la misión que este hombre llevaba allí; mas el interés que ofrece esta pregunta hemos de relegarlo a segundo término ya que hay otras cosas mucho más urgentes a resolver. Una de ellas, como usted sabrá, y la más importante a mi juicio, es si se podrá realizar en gran escala, mejor dicho, en escala sideral, la experiencia del profesor Scanipe. He estado colaborando con el profesor Scanipe durante años, esto no es ningún secreto para nadie y, a mi entender su teoría acerca de los grupos indeterminados en los campos gravitatorios no puede darse por definitiva todavía, ya que el cuarto principio de la ley física que lleva su nombre aplicado a la mecánica sideral no está comprobado. No está comprobado porque se obtienen dos soluciones: una está clara, según el gravametrómetro de Geinsirt, pero para la otra falta terminar ese colosal aparato que a todos nos lleva de cabeza y que aunque yo modestamente le llamo el «hacha» y otros se complacen en llamarle el interruptor magnético, etc. etc., una vez terminado tendremos que transportarlo a mil doscientos veintisiete millones de kilómetros de distancia, es decir, un poco más allá de la frontera de nuestro Sistema Solar.

—Pero yo supongo que estará listo dentro de poco tiempo, ¿no, mi general?

—Ah, ah, eso espero con igual o mayor impaciencia que usted. El mejor equipo de físicos experimentales y teóricos de todos los tiempos está trabajando a marchas forzadas, así lo exigen las circunstancias, al mando del profesor Scanipe, yo les echo una mano siempre que me es posible, pero ya sabe usted, el tiempo nos tiraniza, nos empuja de una manera desesperada sin que tengamos la certidumbre de poder llegar en el momento preciso. Vivimos momentos muy críticos y sería insensato perder la fe en nuestras fuerzas y en nuestras posibilidades, lo que falte, confío en que Dios nos lo dará, Él es el único que puede pronunciar la última palabra...

»Ahora acompáñeme al Salón del Consejo del Alto Mando y veremos qué nuevas nos trae ese ignoto representante de Andrómeda.

CAPÍTULO VII

En la sala del Gran Consejo del Alto Mando reinaba la mayor expectación.

Los representantes científicos de todos los planetas del Sistema Solar se hallaban reunidos con sus ayudantes y consejeros militares, en grupos, a lo largo de un estrado en hemiciclo y en cuyo centro seccionado por una amplia plataforma semicircular, se encontraba expuesto, libre ya de la armazón de acerotrón, el prisionero dentro de un bloque de biokrina transparente de un leve tono amarillento.

Courton se sentó a la derecha del general Balbroock, en el tercer estrado, los que se quedaron mirando detenidamente a aquel extraño personaje que parecía seguir dormitando plácidamente.

Todas las miradas de todos los reunidos se centraban curiosas y sorprendidas sobre el contenido de aquel bloque de biokrina, destacándose un gran murmullo de los comentarios que surgían entre el personal de todos los grupos allí congregados.

De repente, se hizo el silencio al aparecer un hombre ya casi anciano, delgado y de mirada ausente y que con paso firme se acercó al bloque de biokrina y miró detenidamente al prisionero.

Después, se sentó en el lugar que le correspondía como presidente del Consejo que era y comenzó a hablar serenamente, con cierto timbre reposado en su voz.

—Señores, no es necesario insistir en la importancia tan extraordinaria que tiene la captura de este habitante del brazo «N» de la constelación de Andrómeda, no ya por la captura en sí, sino por el hecho de que haya seres en ese extremo del brazo de la gran nebulosa M-31, como así se designa, que sufren por supuesto, los mismos temores que nosotros. El destino de las leyes del Universo les ha colocado frente a nosotros, ya que es muy natural que ellos tiendan a salvarse. Pero como el salvarse unos significa la desaparición del otro género, no tenemos otra alternativa posible que el defendernos, luchar y vencer. Dentro de las cero horas del séptimo día, a partir de las cero horas de hoy, el centro de

gravitación del brazo «N» se encontrará en tal situación, quiero decir que se encontrará precisamente en la situación crítica, que a partir de ese mismo instante puede ocurrir la gran catástrofe. Poco tiempo tenemos, pero confío que nuestra gran esperanza, el gran interruptor magnético, quede todavía listo con el suficiente tiempo para ser empleado y conjurado el peligro. Sólo pido a Dios que nuestros cálculos sean ciertos y exactos y no hayamos cometido errores, pues de lo contrario todo habrá sido inútil.

»Muchas cosas quisiera que nos dijese este extraño hombre que tenemos ante nosotros, pero me temo que tropecemos con dificultades serias antes de dar con la solución adecuada.

»Si ustedes me lo permiten creo que debemos empezar por tratar de interrogarle, con el interrogafoto de rayos alfa, sin quitarle la biokrina... Yo mismo lo haré solicitando la ayuda del general Balbroock y del profesor Palofi... Por favor, señores.

En un instante se reunieron los tres en el centro junto al bloque de biokrina y a un gesto del profesor Scanipe, varios hombres transportaron junto al bloque el aparato interrogador.

Con la ayuda de Balbroock y de Palofi, lo situaron en posición adecuada y el propio Scanipe lo puso en funcionamiento, colocándose frente a la pantalla del aparato.

Esta pantalla había sido colocada de tal forma que podía ser vista por todos los reunidos del Consejo.

El silencio y la expectación entre los congregados daban al salón un ambiente tenso y sobrecogedor.

Courton, desde su asiento, seguía las maniobras de los tres importantes hombres que manejaban el aparato con una tensión y una impaciencia extraña por su circunstancia.

Realmente, todos los reunidos deseaban, impresionados, que de un momento a otro se desvelase el misterio, y al mismo tiempo lo temían.

Pero en la pantalla del interrogafoto, después de un buen rato de ser maniobrada por el eminente profesor Scanipe, aparte del culebreo incesante, unas veces con más intensidad y otras con menos, de las radiaciones alfa que la cruzaban, no se obtuvo nada.

Scanipe, después de un último esfuerzo, abandonó el aparato y se dirigió con gesto preocupado a los reunidos, habiendo antes cambiado unas palabras con Balbroock y el profesor Palofi.

—Como habrán podido observar ustedes es inútil. Tal vez la escafandra que lleva sea de un material específico que impida llegar a su masa encefálica los rayos alfa. En último término, puede que los desvíe de tal manera que no hagan el impacto suficiente, o los absorba de tal forma, transformándolos, que no obtengamos respuesta... Somos por lo tanto de la opinión —e hizo un gesto incluyendo a Balbroock y Palofi— que debemos de quitarle la biokrina y examinar sus características exteriores así como las interiores de su vestido espacial. Si alguno de ustedes quiere hacer alguna objeción o sugerencia, le ruego que lo haga...

Miró reposadamente a todo el hemiciclo y esperó unos segundos que transcurrieron en el mayor silencio como respuesta de conformidad a lo que había expuesto, de todos los congregados.

Rápidamente se retiró el aparato interrogador de rayos alfa y sustituido por un descompresor electrónico para volatilizar la biokrina.

El bloque con el prisionero fue introducido en una gran ampolla de cristaloplasto, la que una vez cerrada herméticamente y aplicados exteriormente los dos cátodos del descompresor. Scanipe dio la señal para que conectaran el aparato.

Éste produjo un zumbido monótono y penetrante, y el bloque de biokrina, en el interior de la ampolla, comenzó a perder lentamente su forma y volumen.

Una salida conducida, en la parte superior de aquella especie de ampolla, por una prolongación estrecha de la misma materia, estaba conectada a un condensador a donde pasaba rápidamente la biokrina en forma de gas.

A los pocos minutos el bloque se había diluido y el hombre de Andrómeda quedó recostado sobre la base y paredes de la ampolla de cristaloplasto, ya liberado de la biokrina.

Scanipe dio la orden de que retiraran todos aquellos aparatos y sacado el cuerpo desvanecido de aquel extraño ser fue colocado sobre una especie de sillón aislante a todo factor eléctrico o magnético.

Scanipe habló brevemente con Balbroock y el profesor Palofi, y éstos dieron instrucciones a los ayudantes del Laboratorio General, quienes rápidamente trajeron otros aparatos más pequeños.

En primer lugar, trataron de comprobar si aquel ser vivía todavía,

pues podía ser que estuviese muerto, pero los detectores revelaron que tenía vida.

Al parecer y según dedujeron, era un tipo de vida algo complicada en apariencia.

Courton, desde su sitio y en silencio, seguía todas aquellas cosas con el mayor interés y curiosidad, tensos los nervios y contagiado de la impaciencia reprimida general.

Rápidamente pasaron a comprobar la composición de los materiales del vestido espacial de aquel ser con el espectrógrafo magnético, sin que revelara nada extraño, excepto algunos elementos sintéticos desconocidos que fueron dejados para ser estudiados posteriormente.

Se comprobó, además, si emitía alguna radiación específica, dando como resultado las normales y después se pasó a comprobar la composición de la atmósfera interior, así como la presión de la misma.

Al llegar a estos dos extremos, Scanipe, Balbroock, Palofi y todos los representantes del Consejo que seguían desde sus asientos los datos que arrojaban los detectores, se quedaron algo extrañados.

El resultado fue el siguiente: gases interiores, mejor dicho, atmósfera interior del vestido, cero, y como consecuencia, presión interior, cero.

Comprobaron y revisaron los aparatos y una vez cerciorados de su correcto funcionamiento, volvieron a aplicarlos arrojando el mismo resultado.

Un ligero murmullo de sorpresa se extendió por la sala.

—Está claro, señores —dijo Scanipe dirigiéndose rápidamente a los congregados—. Este hombre proviene de un planeta carente de atmósfera, por lo tanto nos vemos obligados a no poder quitarle su vestido espacial, pues de lo contrario, como ustedes saben, moriría aplastado por la presión de nuestro ambiente, y precisamente su traje es lo que nos crea la imposibilidad de interrogarle... Ciertamente esto es un grave inconveniente al que no nos podemos rendir y, por lo tanto, sugiero le devolvamos la libertad a su voluntad para ver si con ello él, de por sí, nos proporciona algún medio de comunicarnos.

El silencio que siguió a las palabras del profesor Scanipe fue

impresionante, pues todos tuvieron conciencia de que aquello era una medida arriesgada que podía tener graves consecuencias.

Alguien se levantó en el cuarto estrado y dijo:

—Profesor, ¿ha pensado usted que este hombre debe de llevar medios propios de defensa y puede utilizarlos?

—Sí, lo he pensado, claro que lo he pensado, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Si no le damos la posibilidad de que él diga algo, no nos sirve más que como objeto de curiosidad.

El general Balbroock, que se encontraba a espaldas del profesor, se acercó a éste con su sonrisa habitual. Su voz se oyó en toda la sala.

—Mi querido profesor, la seguridad de su persona nos interesa a todos extraordinariamente y me permito recordarle que, en cierta manera, yo soy responsable de la misma, por lo que me veo obligado a pedirle que desista de semejante intento... Ese último extremo puede resultar peligroso para la defensa del Sistema Solar... Sin embargo, le sugiero otra cosa. Creo que a nadie de los aquí reunidos le causaría temor alguno el tener que habérselas con este hombre desprovisto de su vestido espacial y menos aún si este hombre estuviese metido en una jaula como si se tratase de una fierecilla... De jaula, me refiero, nos puede servir cualquier cámara de cristaloplasto a la que hagamos el vacío.

—¡Maravillosa idea! —exclamó Scanipe abrazando a Balbroock y un rumor admirativo se oyó por todos los estrados.

Rápidamente se dieron las órdenes y a los pocos instantes trajeron una especie de cámara de unos quince metros cúbicos en forma de esferoide totalmente transparente de las que a veces se usaban para el transporte de mercancías y hombres como rémoras de las astronaves dentro del cielo de Helión.

Pero surgió otra pequeña dificultad.

Para devolverle su voluntad, como nadie se fiaba que el vestido en sí no llevase alguna arma desconocida ofensiva o defensiva, había que desnudarle y ello no era posible más que en una cámara que existiese el vacío, es decir, sin presión alguna atmosférica, para que este ser no corriera riesgo de morir, y para que esto pudiese efectuarse no había otro remedio que alguien provisto de un vestido espacial de Helión contra el vacío, se metiese dentro de la cámara con él, lo desnudase y, al mismo tiempo, hiciese de domador.

La idea, como consecuencia de esta circunstancia, tuvo que aceptarse pero se convino que fuese alguien alto y fornido, es decir, un buen oponente.

Balbroock hizo señas a Courton de que bajase del estrado y éste comprendió que había sido elegido para habérselas con aquel extraño sujeto.

Bajó rápidamente y fue al encuentro del grupo de los tres hombres.

—Como verá, amigo Courton —le dijo sonriendo Balbroock— siempre le busco para lo más difícil. No me lo tome en cuenta más que como una mera cuestión de confianza.

Courton sonrió; de verdad que sentía curiosidad por el experimento a que iba a ser sometido, le gustaba.

Comenzó a ponerse su vestido sideral que en unos segundos trajeran del interior del Laboratorio, y entre Balbroock y Palofi le ayudaron a ponerse y sujetarse la escafandra de cristaloplasto rápidamente.

En unos instantes quedó listo todo y Courton, después que introdujeron en el esferoide transparente al hombre de Andrómeda, se introdujo él, y el pequeño escotillón por donde entrara fue seguidamente soldado electrónicamente.

Previamente se le había practicado al esferoide en su parte superior, un orificio al que se le soldó perfectamente un tubo comunicante con un aparato neumático para la extracción del aire y producir el vacío y todo quedó a punto para la experiencia.

La mayor expectación reinaba en el Consejo, jamás se había vivido en Helión un instante como aquél, tan emotivo, tan tenso y de circunstancias tan nuevas y especiales.

Courton vio cómo el profesor Scanipe dio la orden y el aparato neumático empezó a funcionar para producir el vacío dentro del esferoide.

El murmullo del exterior, así como lo que hablaban Scanipe, Balbroock y Palofi, aún lo percibía Courton como algo lejano que se iba amortiguando, pero a los pocos instantes el silencio más absoluto lo rodeó notando casi imperceptible esa especie de vértigo que produce siempre el vacío.

Sólo le duró esta sensación unos segundos. Sabía por experiencia que sus oídos no podían recoger ni la más insignificante

vibración del ruido más horrendo que pudiera producirse en el exterior del esferoide.

Existía entre él y el mundo exterior la barrera más gigantesca de la creación: el vacío casi absoluto.

El silencio que le envolvió era superior al de los espacios siderales.

El hombre de Andrómeda se hallaba tumbado a sus pies.

Miró el manómetro exterior y vio que marcaba presión cero.

El profesor Scanipe le hizo señas indicándole que podía empezar su labor.

Courton se agachó sobre aquel cuerpo inerte y tanteó para quitarle la escafandra, valiéndose de las herramientas que todo traje sideral llevaba y, a los pocos instantes separaba la escafandra del vestido, dejándola a un lado.

Le pareció algo pesada. Acto seguido, pasó al traje, extraordinariamente articulado y complicado en su estructura, de un material durísimo, y al cabo de unos minutos logró quitárselo sabiendo que por desconocer el mecanismo y forzarlo, aquél quedaba ya inservible para ser utilizado por su propietario.

Dejó el cuerpo desnudo de aquel hombre sobre el suelo del esferoide apartando el vestido sobre la escafandra e hizo señas al general Balbroock y al profesor Scanipe.

En el exterior del esferoide reinaba la mayor expectación.

Alrededor del mismo había sido colocada una gran cantidad de aparatos, cada uno destinado para fines distintos.

Desde el rodaje de película fotomagnética hasta el aparato para medir la presión arterial, todo estaba dispuesto como una imponente batería.

Varios científicos de los estrados habían bajado a ayudarle a Scanipe encargándose cada uno de una sección.

A un gesto del profesor fue conectado uno de aquellos aparatos y la acción paralizante que sufría el hombre de Andrómeda, desapareció entonces.

Acto seguido le fue devuelta su conciencia y su voluntad.

El primer movimiento de aquel ser fue abrir los ojos con una expresión indefinida.

Se incorporó levemente sobre uno de sus brazos y se miró a sí mismo algo aturdido, como soñoliento.

Courton no lo perdía de vista.

Apartado a un lado del esferoide se mantenía erguido con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando se revelase algún acontecimiento que no tardó en llegar.

Fuera del esferoide, en todo el ámbito del hemiciclo, reinaba la sorpresa y la curiosidad más tremenda.

El hombre de Andrómeda comenzó a mirar, sin moverse de su postura, hacia el exterior, con cierto detenimiento, aparatos, cosas y personas y, de repente, se encontró su mirada con la presencia inmediata de Courton.

Éste se percató de la expresión nada tranquilizadora que su presencia había causado en aquel hombre.

Se le quedó mirando fijamente, inexpresivo, durante unos segundos que parecían interminables.

Courton, inmóvil, fijó también su mirada en aquel misterioso ser, atento al más mínimo movimiento. No sabía qué interpretación darle a aquella actitud extraña y sin sentido, concentrada y al parecer tensa, del hombre de Andrómeda.

¿Sentiría temor, miedo, desesperación, o qué otra clase de sentimiento le nacería frente a su problema personal?

No era posible prever sus reacciones, el modo inmediato que tendría de conducirse, ya que sus conceptos serían absolutamente distintos a cualquier ser del sistema solar, es decir si su estructura mental estaba animada de conceptos, porque quizá entraba dentro de lo posible, que estuviera carente de ellos.

¿Quién era capaz de prever los misterios que encerraba aquella criatura desnuda y absolutamente desamparada?

La situación se hacía larga, incómoda y había que tomar la iniciativa.

A Courton se le ocurrió una idea: invitarle con un gesto a que se levantara.

Inclinó levemente su cuerpo e hizo el gesto levantando un poco ambos brazos, ocurriendo con la velocidad de un relámpago algo inaudito.

Aquel hombre, con la rapidez superior a una pantera, veloz, ágil, dio un salto a la derecha y apoyándose sobre la pared transparente del esferoide se precipitó sobre Courton derribándolo aparatosamente.

Pero todo esto con una rapidez tan inusitada, con una velocidad tan imprevisible que Courton no tuvo tiempo de esquivarlo.

Saltó de nuevo sobre él, descargando todo su peso sobre el pecho de Courton y éste percatándose rápidamente con qué clase de adversario tenía que habérselas, lo sujetó con un brazo fuertemente por el cuello.

El vestido y la escafandra de nuestro comandante le restaban agilidad y fuerza.

En el exterior, en los estrados del hemiciclo cundió la alarma y la sorpresa más grande.

Con una genuflexión de extraordinaria rapidez y de una sacudida violenta, el hombre de Andrómeda, se desasió de los brazos de Courton que le atenazaban y se retiró a uno de los extremos del esferoide, con intenciones que Courton, mientras se ponía en pie rápidamente, no podía comprender.

—¡Diablo de sujeto! —exclamó para sí Courton—. Tendré que atizarle firme, pues no viene de broma.

Este hombre medía aproximadamente un metro y cincuenta centímetros, es decir mucho más bajo que Courton, pero era más ancho de espaldas y muy musculoso; al parecer también ganaba en agilidad al tipo medio del Sistema Solar.

Nuevamente volvió a saltar de una manera extraña y Courton lo recogió con un puñetazo en pleno rostro, haciéndole rodar por el suelo del esferoide, algo aturdido.

El hombre se rehizo y Courton se acercó con intención de cogerlo por el cuello, pero aquél dando un viraje rápido pasó por entre sus piernas y cogió rápidamente con sus manos la escafandra que él llevara puesta y se la arrojó con presteza a Courton, quien a duras penas pudo esquivarla con el brazo derecho, desviándola y yendo a dar en la pared del esferoide.

En el exterior, todas las miradas seguían con el mayor interés, emoción y angustia la lucha desarrollada entre aquellos dos hombres de distinta constelación.

Scanipe hablaba algo nervioso con Balbroock y en sus rostros

se notaba cierta inseguridad en la determinación que debían adoptar para resolver aquella situación creada por una circunstancia imprevista.

Courton había notado algo extraño, al desviar con su brazo la escafandra que le había arrojado su adversario, en el material del vestido que le recubría el antebrazo con el cual había parado el golpe.

Temió que le hubiese ocasionado algún desperfecto, mas con una rápida ojeada se percató de que al parecer, no era nada de importancia.

El golpe lo había recibido con el ángulo del cierre de la escafandra, un tanto doloroso pero pasajero.

Comprendió que su enemigo le aventajaba en agilidad natural y que esta desventaja para él crecía al restarle libertad de movimiento su vestido sideral y la escafandra contra el vacío, por ello debía de tratar de cambiar de táctica en la lucha con su adversario, tratando de agarrarlo y de inmovilizarlo en vez de dejar que el otro le atacara libremente con aquella rapidez casi felina y peligrosa.

El hombre de Andrómeda corrió veloz, describiendo casi un semicírculo para desconcertar a Courton y haciendo una pirueta extraña dio un salto de unos dos metros y fue a dar de una manera imprevista y rápida, con los pies, un tremendo empujón en la escafandra de Courton a la altura de la cara, cayendo éste de espaldas un poco aparatosamente.

Pero Courton, que aun en la sorpresa del ataque conservó su serenidad intacta en la caída, aprovechó su postura para recoger a su adversario en su descenso con los pies y propinó a éste un tremendo puntapié en la espalda que le hizo rodar unos metros.

Rápidamente, con una tremenda flexión, Courton se levantó y se lanzó sobre el otro que empezaba a incorporarse un tanto desconcertado agarrándolo del cuello sin que esta vez tuviese tiempo de escapar.

El hombre de Andrómeda, al sentirse sujeto, cosa que evidentemente quería evitar, comenzó a dar tremendas sacudidas para desasirse sin conseguirlo y, entonces, al ver su imposibilidad y con una flexión rápida, apoyándose con sus manos en los brazos de Courton, deslizó sus piernas en un movimiento ascendente por entre los brazos y el pecho de éste, yendo a rodear con sus piernas la escafandra de Courton.

Nuestro comandante se percató de la maniobra de su adversario y lo que intentaba conseguir con aquello, que era desasirse de sus atenazantes manos cuando le hiciera perder el equilibrio, pero Courton aguantó con gran esfuerzo y contrarrestó el impulso de su adversario que, al ver que no conseguía su propósito se apoyó fuertemente con uno de sus pies en la escafandra y trató, cabeza abajo, de deslizarse por entre las piernas de Courton.

Éste cedió un poco la presión de sus manos y sonrió disponiéndose a atraparlo definitivamente.

Rápidamente rodeó el cuello del hombre de Andrómeda con sus muslos mientras se dejaba caer al suelo boca arriba quedando la cabeza de su adversario bajo de sus piernas y, teniendo libres las manos, agarró por los tobillos las desnudas piernas de aquel extraño luchador; con un esfuerzo las pasó por debajo de su axila izquierda y, sujetándolas fuertemente con el brazo izquierdo, lo inmovilizó totalmente.

Libre su brazo derecho comenzó a golpearle fuertemente en el vientre para ver si le hacía perder el conocimiento y reducirlo de una vez, pero de repente sintió un fuerte dolor en su antebrazo, una sensación extraña como si le pinchasen con innumerables alfileres y perdió toda fuerza en su brazo derecho.

Una sensación de congoja comenzó a invadirle, la respiración se le hizo entrecortada y notó cómo un sudor frío invadía su cuerpo, que desfallecía por momentos en una extraña angustia a la que no podía sobreponerse.

Trató de pensar un momento y de pronto, una sospecha le paralizó con un tremendo escalofrío. ¡El golpe con la escafandra en el antebrazo! Sí, seguramente había quedado el tejido de su vestido sideral resentido y con los esfuerzos que había realizado en la lucha se había abierto.

Si esto era cierto, como seguramente así era, estaba perdido, no tenía salvación, pues su propia presión sanguínea reventaría sus arterias y le mataría en pocos instantes.

Un creciente sopor le invadió y se abandonó casi totalmente, teniendo ya escasa conciencia de su situación.

Balbroock, el profesor Scanipe y cuantos se encontraban en el hemiciclo presenciando la lucha, no comprendieron cuál era la causa de lo que sucedía.

Balbroock y el eminente profesor se miraron sorprendidos sin comprender por qué Courton, cuando tenía dominado a su adversario, se le escapaba, quedando nuestro comandante inerte en el suelo.

Nadie sospechaba la realidad de lo que pasaba.

Todo eran exclamaciones, interjecciones interrogativas y nerviosismo creciente.

De pronto, Courton hizo un movimiento casi reflejo de su brazo derecho y Balbroock observó unos hilillos de sangre que corrían por el antebrazo hasta el codo quedándose aterrorizado ante el peligro que aquello suponía.

Balbroock comprendió con la rapidez del relámpago la gravísima situación de Courton.

—¡Profesor Scanipe... mire! —gritó apuntando al antebrazo de Courton.

Scanipe miró en aquella dirección y abriendo desmesuradamente los ojos sólo pudo articular un entrecortado.

—¡Corra, salvémosle!

Y Balbroock, de un salto y cogiendo una barra de acerotrón rodeó velozmente el esferoide acercándose al aparato neumático y levantando con fuerza la barra descargó un furioso golpe sobre el tubo de cristaloplasto, por donde se había hecho el vacío, saltando hecho pedazos en el preciso momento en que el hombre de Andrómeda se disponía a lanzarse sobre el cuerpo casi desfallecido de Courton.

Un agudo silbido estremeció el hemiciclo del Consejo al pasar el aire con toda su presión para llenar el vacío del esferoide y el hombre de Andrómeda cayó al suelo como fulminado, en unas décimas de segundo, muerto, aplastado por la presión atmosférica de Helión.

La experiencia había fracasado.

Balbroock se dio cuenta inmediata del problema, pero la vida de Courton era valiosísima para los planes del Estado Mayor.

Scanipe comprendió los pensamientos de Balbroock y le animó con sus palabras.

—Le felicito por su rapidez, amigo Balbroock.

Éste sonrió, pero no contestó nada.

A los pocos instantes fue sacado Courton del esferoide, así como el cadáver del misterioso hombre de Andrómeda, que fue transportado a los laboratorios fisio-anatómicos para someterlo a un detenido estudio, y el Consejo, ya repuesto de la sorpresa y confusión final, guardó silencio acomodándose cada uno en su estrado y sitio correspondiente.

Rápidamente se atendió a Courton, quien gracias a los cuidados médicos del personal especializado volvió en sí y recobró su estado normal, aunque los zumbidos de oídos y las palpitaciones le persistieron todavía un buen rato.

—¿Se encuentra ya bien? —le preguntaron Balbroock y Scanipe afectuosamente.

—Perfectamente —contestó Courton sonriendo.

El eminente profesor Scanipe comenzó diciendo, dirigiéndose a todos los componentes del Consejo:

—Señores, la experiencia ha sido un fracaso a causa de una imprevisión mía... No es momento de lamentaciones sino de trabajar... Les ruego me disculpen y espero que mañana nos volveremos a reunir, a la misma hora, para discutir ciertas cuestiones sobre el interruptor magnético que hemos de ultimar.

—Un momento, profesor Scanipe —se oyó la voz de Courton a espaldas de éste—. Creo —siguió— que podría traerle otro prisionero si este Consejo me autoriza y se me dan los medios necesarios.

—Explíquese —dijo Scanipe que era hombre de comprensión e ideas rápidas.

A Balbroock se le iluminó el rostro, pues sabía que cuando a Courton se le ocurría una idea era siempre algo muy positivo.

—General Balbroock —prosiguió Courton—. ¿Recuerda usted exactamente el punto donde rescatamos el cadáver de Lermontov?

—Sí, perfectamente —respondió Balbroock.

—¿Cree usted —siguió con voz firme nuestro comandante— que las descargas magnéticas para rescatar el cadáver de nuestro infortunado compañero, pudieran haber llamado la atención del enemigo y éste se encuentre ahora buscándonos, precisamente en ese punto del espacio?

—No es que lo creo probable, sino seguro.

—Entonces, espero sus órdenes.

Balbroock sonrió con satisfacción y cambió unas palabras con Scanipe.

Éste dirigió una mirada interrogativa al pleno del Consejo del que se había levantado un ligero murmullo ante la propuesta del comandante Courton y todos los componentes levantaron la mano en señal de aprobación.

Scanipe dijo con cierta solemnidad.

—Comandante Courton, prepare su salida para dentro de media hora y en nombre de este Consejo Supremo, le deseo mucha suerte.

CAPÍTULO VIII

En muy pocos minutos el general Balbroock desde su despacho, dispuso la partida de Courton hacia el punto «Litio» que así se le llamó como nombre convencional, al objeto de distinguir esta operación, y que, para más brevedad, fue designada «operación Litio».

Ordenó que se preparasen rápidamente tres boliciclos de combate dotados con los medios y armas más modernos, designando a su parecer cuáles eran las mejores naves que por sus características y ventajas debían de estar listas enseguida.

También ordenó se comunicara a los dos pilotos de Courton, se preparasen rápidamente y estuviesen prestos para la partida.

—Todo debe estar listo para dentro de quince minutos.

Y desconectó con estas palabras el aparato de comunicaciones con los equipos de urgencia del GCG.

Tomó la botella de licor que horas antes se había quedado sobre su mesa y, después de verter un poco en dos vasos, le ofreció uno a Courton.

—Bien, bebamos por su pronto y feliz regreso... Pero escuche, amigo Courton, sólo he de hacerle una recomendación que es, al mismo tiempo, una advertencia.

Carraspeó unos momentos y prosiguió:

—Si esta operación resultara demasiado arriesgada o, por las circunstancias que rodearan cualquier situación, mereciera a su conciencia el calificativo de peligrosa, le exijo me dé usted su palabra de honor que la abandonará y que procurará no poner a su persona en demasiado riesgo.

—Le doy mi palabra, mi general... pero le aseguro que no comprendo...

—No quería decírselo porque se trata de un asunto confidencial del que nadie sabe una palabra todavía, pero las circunstancias me obligan a revelárselo a usted, precisamente a usted.

—Estoy a sus órdenes.

—Necesito que vuelva usted sano y salvo y, además, pronto, porque es usted precisamente la persona que nos es necesaria para hacer un viaje de más de mil millones de kilómetros... Supongo que sospechará lo que se ha de hacer a esa distancia. En manos de alguien hemos de confiar el interruptor magnético y esa persona es usted... ¿comprende?

Courton se quedó sorprendido y un gorgojeante entusiasmo inundó su corazón al percatarse de la extraordinaria distinción que aquello suponía.

Iba a decir algo, pero Balbroock le cortó.

—No es necesario que haga ningún comentario... Vámonos que sólo faltan cuatro minutos para su partida.

Cuando Balbroock y Courton llegaron a las pistas interiores de despegue de aquella fantástica base interplanetaria, estaba todo preparado y a punto para salir.

Durante el camino, los dos hombres permanecieron en silencio, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos y preocupaciones, sin que se terciara entre ambos el más pequeño comentario.

Los tres boliciclos que había designado Balbroock por radioteléfono estaban preparados y en condiciones para hacerse al espacio.

Uno iría delante, ocupado por el jefe de la expedición que era Courton, el cual iría en cabeza, seguido de los otros dos, en formación de combate, para cubrirle.

Al pie del escotillón del primero esperaban, preparados, Luiggi y Dick, los pilotos inseparables de Courton.

Llegados al límite de la pista, Balbroock se despidió, unos metros antes del boliciclo que debía mandar nuestro Comandante.

—No olvide lo que le he dicho, amigo Courton y... hasta pronto.

Se estrecharon la mano y Courton se dirigió con paso resuelto a su astronave.

Realmente, la noticia de que se le había designado para realizar la gran operación, la operación clave de toda la historia del Sistema Solar, le había dejado intranquilo y algo preocupado.

Se trataba, pensado así por encima, de un asunto muy serio y de extremada responsabilidad, pero le gustaba y le incitaba al deseo de realizarlo pronto.

Si el profesor Scanipe había dicho, hacía unos momentos antes, que a partir de la hora cero de hoy y transcurridos siete días en cualquier momento podía ocurrir la gran catástrofe, ese viaje famoso de los mil millones de kilómetros del que le había hablado el general Balbroock no podía estar muy lejano.

A lo sumo, seis días y unas horas, pues bien sabía él que para llegar al límite de nuestro Sistema Solar sólo se necesitaban, con un sideroplate, unas cuatro horas a lo más.

Pero también había oído decir a Scanipe en la sesión de aquel día del Consejo Supremo que el gran interruptor magnético, o el «hacha», como lo había denominado Balbroock, no estaba terminado todavía y esto, a su juicio, era grave, pues contando sólo con el margen de días de relativa seguridad que se tenían por delante, la situación real, en aquellos momentos, era que todos estaban al borde del mayor desastre de todos los siglos.

El frenesí en el trabajo del profesor Scanipe y del tremendo equipo de científicos que le rodeaban, debía ser alucinante, pues la presencia de la gran amenaza debía invadir sus mentes como una pesadilla.

Pero Courton tenía fe, la experiencia le había hecho comprender que cuando alguien se defiende al borde del abismo y su lucha es justa y legítima, en el último minuto, precisamente en el último, se produce siempre el milagro, no obstante hasta que no llega ese momento es también legítimo y no pueden evitarse el miedo, la angustia y la preocupación.

Aún no había puesto el pie en su nave de combate y ya deseaba estar de vuelta para realizar la misión más importante de su vida.

Luiggi y Dick le saludaron y Courton penetró en la astronave, silencioso, seguido de sus dos pilotos ayudantes.

Antes de subir había observado que las otras dos astronaves estaban ya preparadas para el despegue.

—Cierre el escotillón exterior, Dick, y usted, Luiggi, prepárese para despegar.

Los dos pilotos cumplieron lo ordenado y al instante quedó todo preparado para el despegue.

Courton comunicó con los otros dos boliciclos y señaló el segundo veinte para sincronizar los impulsores automáticos.

La pantalla de imagen corta fue puesta en funcionamiento y todo quedó listo para que las astronaves al término de ocho segundos, automáticamente despegaran.

A los ocho segundos, las tres astronaves de combate comenzaron a deslizarse sobre la pista interior de la base simultáneamente, con velocidad uniformemente acelerada y, ascendiendo por la rampa de aceratrón, se lanzaron al espacio dejándose atrás, en muy pocos segundos, la base militar de Helión.

Unos instantes después, el planetoide era sólo un débil punto en la pantalla sidero-fotoscópica.

—¿Alguna novedad? —preguntó Courton por el aparato telemagnético de a bordo a las otras dos naves.

—Ninguna, señor; todo marcha perfectamente —contestaron.

Courton llamó a sus dos ayudantes ante la pantalla sidero-fotoscópica.

—Miren, esto es el punto a donde nos dirigimos... En este punto no existe nada, es sólo un punto espacial al que convencionalmente se le ha denominado «Litio».

—Pero si no hay nada, ¿qué demonios vamos hacer allí, mi comandante? —objetó Luiggi.

Courton sonrió y miró la cara de sorpresa que había puesto Dick.

—En ese punto fue donde recogimos el cadáver de Lermontov; y como las descargas magnéticas que se lanzaron para recoger el cuerpo de nuestro infortunado compañero son como un timbrazo en el espacio, esperamos que alguien acuda a esa llamada.

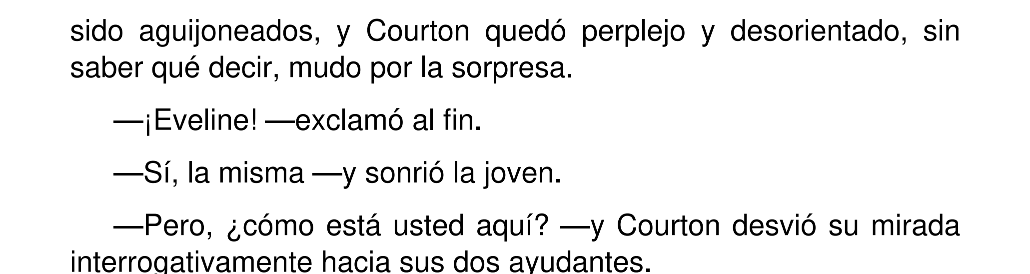
—¿Que allí tenemos que esperar a alguien? —preguntó asombrado Dick.

—¿Quién ha de acudir, mi comandante? —inquirió intrigado, también, Luiggi.

—Supongo que no es a mí a quien están esperando, ¿verdad?

Estas palabras fueron pronunciadas a espaldas de los tres por una voz femenina y bien timbrada.

Los tres se volvieron rápidos, sorprendidos, como si hubiesen



sido aguijoneados, y Courton quedó perplejo y desorientado, sin saber qué decir, mudo por la sorpresa.

—¡Eveline! —exclamó al fin.

—Sí, la misma —y sonrió la joven.

—Pero, ¿cómo está usted aquí? —y Courton desvió su mirada interrogativamente hacia sus dos ayudantes.

—No, no, no, mi comandante —se adelantó Luiggi saliendo al paso de la sospecha que empezaba a despertarse en su jefe—. Nosotros no tenemos nada que ver con este asunto. Estamos tan sorprendidos como usted. Le doy mi palabra.

—En efecto, comandante Courton, nada tienen que ver sus hombres en esta cuestión. Dicen la verdad. Si estoy aquí es por propia iniciativa y sin la complicidad de nadie. Si me he permitido subir y molestarles es porque ahí, abajo, en la cabina de fondo, tenía frío... No soporto el frío. Ahora, si molesto, no tengo inconveniente en irme a donde estaba.

—¡Oh, no, por Dios, señorita Eveline! —repuso Courton mitad serio y mitad sonriente y amable—. Es que... su presencia ha sido tan inesperada... tan sorprendente... Pero, dígame, estoy intrigado, ¿cómo se las ha arreglado para encontrarse en este momento aquí?

—Mi tío designó por radioteléfono las naves que iban a partir. Por casualidad, en aquel instante me proponía entrar al aposento donde estaban ustedes y me quedé detrás de la puerta escuchando... Ya ve qué sencillo.

—Seguramente, en su precipitación, porque tendría usted que darse prisa de verdad, no se acordaría que su tío, ahora, estará preocupado buscándola... ¡Sólo faltaba añadirle esta nueva preocupación!

—No, se equivoca —dijo la joven con un tono de voz delicioso —. Todavía me quedó tiempo para dejarle una nota.

—Menos mal —suspiró con cierto agrado y complacencia Courton.

La actitud de la joven le gustaba. En el temperamento se parecía a su hermano.

—¿Y se puede saber cuál es la razón que ha motivado esta escapatoria suya?

—¿Me pregunta usted a mí eso? —y la joven le miró fijamente poniéndose seria.

—Sí, claro; es mi deber.

—¡Ah, ya comprendo...! Bien, pues pensé que si salía usted a rescatar a mi hermano debía yo de colaborar también y aportar mi esfuerzo... Si usted era capaz de arriesgarse por amistad, ¿por qué yo no iba a hacerlo por cariño?

Courton se quedó perplejo y confuso.

La joven le miraba fijamente, resuelta y esperanzada en su deseo y él, no pudiendo resistir su mirada, desvió sus ojos al suelo un poco avergonzado.

Sentía tener que decir la verdad, pero no había más remedio. Lo comprendía todo.

Con voz apagada, dijo lentamente:

—Es que no vamos a rescatar a su hermano.

—¡Cómo...! Que no... pero... usted me lo prometió —y prorrumpió en sollozos entrecortados tapándose la cara con sus manos.

El llanto de la joven le afectó sensiblemente, se puso nervioso y al intentar volverse tropezó con Dick.

—¿¡Pero qué hacen ustedes aquí que no están en sus puestos!? —chilló irritado.

Sus dos ayudantes un poco sobresaltados por la irritación extemporánea de su jefe, se colocaron cada uno en su sitio comprendiendo que algo extraño le ocurría.

Nuestro comandante, viendo a la joven que todavía seguía llorando, hizo un esfuerzo para calmarse y se acercó a ella.

—Vamos, Eveline... por Dios, cálmese... Comprendo su decepción pero, en esta ocasión, temo no poder hacer nada por usted. Tenga en cuenta que estoy cumpliendo una misión que se me ha ordenado... Pero mantengo mi promesa, no le quepa la menor duda. No sé cuándo podremos intentar el rescate de Wellington, pero se hará, se lo aseguro.

La joven cesó de llorar y haciendo un esfuerzo consiguió serenarse.

—Excúseme, comandante Courton, me he conducido

pésimamente. Procuraré no ser un estorbo en esta ocasión... Le ruego que me perdone.

Y tomó asiento en uno de los sillones. Courton permaneció en silencio unos segundos y comenzó a pasear sobre el pequeño rectángulo que quedaba libre, en el centro de la cabina.

La joven quedó abstraída y los dos pilotos ayudantes, de vez en cuando, miraban de reojo a su jefe y a la joven sin comprender exactamente lo que ocurría entre ambos.

—Mi comandante, faltan doce minutos exactos para llegar al punto «Litio» —observó Luiggi.

Courton salió de su ensimismamiento y arrugó el entrecejo.

—Dick, tome el mando de la nave y, usted Luiggi, vigile constantemente en la pantalla todos los alrededores. Transmita esta orden a las dos astronaves y adviértales que, a la menor cosa que observen, nos lo digan inmediatamente indicando situación.

Dick tomó el mando de la astronave y comprobó la ruta, mientras Luiggi transmitía la orden de Courton y se ponía a vigilar en la pantalla sidero-fotoscópica.

Courton siguió paseando ensimismado en sus propios pensamientos. Tan optimista que había salido de Helión con lo que le dijera el general Balbroock respecto a su misión futura y, de repente, la aparición de Eveline lo había trastornado todo.

¿Cómo era posible que aquella muchacha se hubiese atrevido a arriesgarse de tal modo?

No comprendía lo que le pasaba, la presencia de aquella mujer a bordo recordándole su promesa, la gallardía de ella, su actitud, daban un significado a las cosas inédito para él.

Ella había asociado la partida de Courton con lo que circunstancialmente se había hablado del rescate de su hermano en el despacho de su tío, y sin pensar más se las ingenió para introducirse en secreto en la astronave y participar de una manera más activa en la operación de rescate.

Mucha importancia debía de tener este hecho para ella, cuando, sin pensarlo, se había arriesgado con aquel entusiasmo.

El encuentro con la realidad de la situación de aquella criatura, la negativa de Courton habría sido un choque brutal en el ánimo de la joven. Una crueldad de las circunstancias. Y aquello le dolía a

Courton sin saber por qué.

En el fondo sentía admiración por Eveline y le sabía mal, por una parte, no ayudarle y cumplir su palabra y, por otra, le contrariaba la complicación que suponía el dejarse llevar por sus sentimientos.

—Eveline —dijo acercándose a la joven con el tono más amable que pudo—, no quisiera desanimarla, pero el rescate de su hermano es algo complicado y difícil.

—Ya lo sé, comandante Courton —respondió la joven ya tranquila.

—Ni tan siquiera sabemos dónde está, es decir, si está en alguna parte. Su desaparición es un misterio tan completo que necesitamos otras cosas previamente.

—Comprendo.

—Por otra parte, como usted sabe, la situación general del Sistema Solar es trágica, estamos todos tremendamente amenazados por una gran catástrofe y, aunque sea doloroso para usted, hemos de reconocer que sobre el Consejo Supremo de Helión pesan asuntos de extrema gravedad y han de resolver, al margen de su interés y el mío. El peligro es tan inminente que, por si acaso no lo sabe usted, dentro de siete días toda medida, todo recurso puede ser baldío.

—¿Siete días? —dijo pensativa la joven mirando a Courton—. Puede que esto suponga tener demasiado tiempo por delante, toda una vida puede quemarse en intensidad en siete días perfectamente, pero si no rescatamos a mi hermano antes, supongamos que vencemos en esta lucha, que salimos triunfantes, que llega el momento de la seguridad, ¿en qué situación quedamos con respecto a mi hermano...? ¿Sería entonces posible su rescate...? Esto es lo que me atormenta y acongoja.

Courton ante las palabras de la joven pareció reflexionar.

—Comprendo el supuesto que me plantea usted, Eveline, y admiro su agudeza en este sentido... Sí, es cierto, ¿sería entonces posible el rescate de Wellington? Esto es una consideración de largo alcance que sólo tiene importancia extrema para usted, y si me lo permite, para mí también. Necesitamos darle una solución a esto, es necesario resolverlo y pronto, pero ¿cómo resolverlo sin que ello suponga faltar a mi deber? ¿Cómo armonizar el

cumplimiento de esta misión en que nos encontramos con el rescate de Wellington sin contravenir las órdenes recibidas...?

Courton se quedó durante un momento pensativo, tramando algo en su activo cerebro, mientras Eveline le miraba esperanzada y, en sus deliciosos labios, aparecía una sonrisa de entusiasmo.

—Se me ocurre una idea —dijo de pronto Courton y se volvió hacia su primer piloto—. Luiggi, ordene a las astronaves de escolta que paren los impulsores y utilicen sólo su velocidad de inercia. Que se desvíen cinco grados de la ruta que llevamos y que permanezcan sin comunicación entre sí, ni con nosotros, hasta que reciban noticias nuestras. Nosotros continuamos solos.

Luiggi, con cierta perplejidad, comunicó a los dos boliciclos de escolta lo ordenado.

—¿Cuánto nos falta para encontrarnos en el punto «Litio», Luiggi?

—Cuatro minutos, mi comandante.

—Suficiente... vigile alerta y en cuanto aviste algo avíseme... —y se acercó a la joven—. Ahora escúcheme, Eveline, para usted también hay trabajo...

CAPÍTULO IX

—¿Han comprendido ustedes?

—Sí, mi comandante —contestó Luiggi.

—De acuerdo —dijo Dick.

—Bien, entonces manos a la obra. Usted Dick, pare los impulsores y prepare los trajes espaciales y, usted y yo, Luiggi, vamos a la pantalla sidero-fotoscópica.

Dick cumplió lo ordenado por Courton, desconectando en el cuadro de mandos los impulsores para que la nave perdiera velocidad y surcara el espacio por su propia inercia y pulsando un botón se abrió en uno de los laterales de la cabina un pequeño escotillón, de donde sacó cuatro trajes de los que se usaban para viajar por el espacio.

Courton abandonó la pantalla quedando vigilante Luiggi, y junto con Dick, revisaron el buen funcionamiento de los trajes.

—Perfectos —observó Courton.

Cogió uno de ellos, el que le pareció más pequeño, y bajó a la cabina de fondo donde se encontraba Eveline revisando unas pequeñas cápsulas de un color blanco acerado.

—Aquí tiene su nuevo vestido, Eveline —dijo sonriendo Courton —. No es muy elegante, pero es práctico. De lo que estoy seguro es que no le vendrá pequeño.

La joven sonrió muy animada, sin perder en sus bellas facciones ese ligero tinte de preocupación que Courton observara desde que la conoció.

—¿Conoce usted el manejo de estas armas?

—Me he pasado mi vida entre ellas, no olvide que desciendo de militares y gente de ciencia.

—Estupendo... bueno, póngase pronto el vestido y esté alerta para en cuanto yo le avise. Supongo que no olvidará usted ningún detalle.

—Despreocúpese. Le aseguro que todo lo tengo muy en cuenta.

Los ojos de la joven brillaron de tal manera que impresionaron a Courton.

—¡Mi comandante, ahí están! —se oyó la voz de Luiggi desde la cabina de mando.

—¡Pronto! —advirtió Courton a la joven—. Póngase el vestido a toda prisa, el tiempo apremia.

Y salió disparado a la cabina superior de mando.

En la pantalla de imagen corta Luiggi le señaló tres puntos algo luminosos que se iban agrandando por instantes.

Courton maniobró uno de los botones profundizando más la visión y en la pantalla se dibujaron tres extrañas astronaves de un ligero azul verdoso y que, indudablemente, se dirigían al encuentro del boliciclo.

Con toda seguridad habían sido avistados.

Courton, con una intensa emoción hizo un gesto con la mano a sus ayudantes y éstos comenzaron a ponerse sus trajes espaciales.

—Ya los tenemos cerca. Démonos prisa para abrir el escotillón exterior.

Rápidamente se enfundó en su traje ayudado por Luiggi y unos a otros se aseguraron la escafandra transparente de cristaloplasto, poniendo en funcionamiento el diminuto mecanismo electrónico que regulaba las condiciones interiores del traje.

Conectó también el pequeño aparato intercomunicador de ondas magnéticas que llevaba la escafandra y se puso al habla con Eveline.

—¿Está usted preparada?

—Sí, comandante —oyó en el interior de su escafandra la voz de la joven.

Courton volvió la cabeza hacia la pantalla de imagen corta y observó que aquellas extrañas astronaves se acercaban al boliciclo a una velocidad vertiginosa.

Dick había puesto, con la mayor presteza, en funcionamiento el compresor de aire para recoger el que había en el interior de la astronave con el fin de que al abrir el escotillón exterior no pudiera ser observada su fuga y despertara sospechas, y Luiggi, junto al

aparato para abrir el escotillón exterior, observaba el manómetro electrónico de presión de la cabina.

Cuando la lucecita del manómetro que de color verde, en la presión normal, había pasado por la amarilla, naranja, violeta y cambió a roja, maniobró el aparato y el escotillón exterior de la astronave de combate quedó abierto al espacio sideral.

Se trataba de dar la impresión de una astronave perdida en los espacios siderales, abandonada o con sus ocupantes muertos y hacerles caer en la trampa que Courton les había tendido.

Era algo así como meterse en la boca del lobo, pero Courton había estudiado cuidadosamente su plan y tenía fe en él.

Con muy poco volumen de ondas magnéticas, apenas perceptibles por sus dos pilotos, Courton les ordenó que no hablasen para evitar que pudieran ser detectados exteriormente y haciéndoles un gesto con la mano se acercaron a la pantalla de imagen corta y nuestro comandante maniobró con la mayor serenidad para localizar aquellas astronaves que habían acudido al punto «Litio», o lugar de la cita como lo habían denominado.

En los espacios siderales no existe el arriba, ni el abajo, ni el aquí, ni el allá; la situación de cualquier cuerpo depende de otro que se tome como referencia, y tomando como referencia el boliciclo de combate de nuestros terrestres, Courton pudo localizar que las astronaves que él suponía de los hombres de Andrómeda, acababan de situarse en tres puntos equidistantes al boliciclo y a no mucha distancia, quedando éste en el centro.

Rápidamente se percató que una de ellas iniciaba un movimiento de acercamiento hacia el boliciclo, lentamente, con timidez, como observando el escotillón abierto y se detuvo a muy poca distancia.

Las otras dos permanecieron inmóviles, seguramente vigilando la maniobra de la que se había acercado.

Courton volvió nuevamente a enfocar la astronave más cercana y observó que su escotillón exterior se abría lentamente, esperando ver aparecer uno de aquellos hombres como el prisionero que él condujera desde la Tierra a Helión.

Así estaba calculado en su plan y esperaba que se realizara, pero se sorprendió cuando por el escotillón de la nave enemiga empezó a asomar una especie de cable articulado con una extraña

esfera en el extremo que avanzaba hacia el boliciclo.

Courton miró intrigado a sus ayudantes, pero rápidamente comprendió que aquel cable terminado en una esfera, era una especie de observador mecánico que enviaban para hacer un reconocimiento previo del interior del boliciclo.

Courton hizo señas a sus pilotos que se desconectaran totalmente el intercomunicador de sus trajes espaciales, haciéndolo él igualmente, y desenfocando totalmente la pantalla de imagen corta, para dar sensación de abandono, indicó con un gesto lo que cada uno debía hacer.

Luiggi se dejó caer al suelo junto al cuadro de mandos, Dick, bajo de la pantalla sidero-fotoscópica y Courton a un lado del centro de la cabina, frente a la puerta de entrada a la misma, para poder observar mejor lo que por ésta apareciese.

Los tres quedaron como si algo les hubiese sorprendido y hubieran sido fulminados cayendo muertos al suelo.

Éste era el plan, pues si la astronave la hubiesen encontrado vacía hubieran despertado recelos y sospechas sin conseguir lo que pretendían.

Eveline, cuya presencia a bordo no podía ser supuesta por nadie, se encargaría del resto.

Con lentitud, como atisbando minuciosamente todo lo que había a su alrededor, avanzó hacia la puerta de entrada de la cabina de mando aquella extraña esfera y se detuvo a la entrada.

Courton, con los ojos entornados y conteniendo la respiración la observó con todo el detenimiento que le permitía su situación.

Despedía una ligera incandescencia dándole a su superficie un extraño brillo luminoso y sugestivo, siendo su tamaño algo menor que la cabeza de un hombre.

Después de unos instantes, siempre al extremo del cable articulado y, al parecer, metálico, como un extraño reptil que se moviese sin tocar el suelo, avanzó hacia el centro de la cabina y, después de un ligero cabeceo, se dirigió hacia Courton.

Éste contuvo totalmente la respiración y cerró los ojos quedando inmóvil.

Lo examinó durante unos momentos y después se dirigió al cuadro de mandos y control de la astronave descubriendo a Luiggi

en el suelo.

Pasó después a examinar a Dick y la pantalla siderofotoscópica, y siguió deteniéndose delante de cada aparato, yendo de un extremo a otro de la cabina, subiendo y bajando con aquel movimiento sinuoso y reptilesco que le caracterizaba.

Por la minuciosidad con que aquella especie de ojo observador lo recorría todo, parándose ante cualquier detalle insignificante, Courton dedujo que los hombres de Andrómeda tomaban excesivas precauciones y obraban con extrema cautela, lo que significaba que el asunto lo consideraban con desconfianza.

Desde la astronave enemiga querían cerciorarse de que no había ningún peligro para tomar el boliciclo, y esto es lo que Courton pretendía.

Si lo podía conseguir, más de la mitad del éxito estaba en sus manos.

De pronto la esfera comenzó a retirarse y saliendo por la puerta abandonó la cabina.

Courton esperó un momento y cuando comprendió que la esfera había abandonado el boliciclo se incorporó rápidamente yendo hacia la pantalla de imagen corta y enfocando la astronave enemiga desde la que habían estado observando el interior de su cabina.

En aquel momento se recogía por el escotillón de la astronave enemiga la esfera observadora desapareciendo en su interior.

Luiggi y Dick, que también se habían incorporado, miraban en silencio la pantalla junto a Courton.

El escotillón exterior de la astronave de Andrómeda permaneció abierto.

Courton observaba la pantalla con demasiada ansiedad y, al mismo tiempo, temor de que no se produjese lo que él esperaba. Pero no fue así.

Por el escotillón salió un hombre de las mismas características que aquél con el que había luchado dentro de la cápsula de cristaloplasto en el Salón del Consejo del GCG de Helión, seguido de tres más, los que se dirigieron, flotando en el espacio sideral hacia el boliciclo.

Courton observó que vestían trajes distintos y más ligeros que los que él conocía e hizo un gesto a Luiggi y a Dick para que

volvieran rápidamente al sitio donde habían sido observados, procurando adoptar la misma postura.

Los cuatro hombres de Andrómeda se acercaron rápidamente al boliciclo.

Al parecer, por lo que Courton observó, no iban armados, al menos esto le pareció.

Volvió nuevamente a desenfocar la pantalla de imagen corta y corrió al sitio donde antes estuviese, dejándose caer al suelo en la misma postura, y esperó con los ojos entornados.

A los pocos instantes atravesó el umbral de la puerta de la cabina uno de aquellos hombres, que al parecer, hacía de jefe, seguido de otros dos, y se quedaron quietos observando el aposento con cierta curiosidad.

El primero dio unos pasos hacia el centro de la cabina, miró el techo y luego se acercó a la pantalla sidero-fotoscópica sin atreverse a tocar nada.

Los otros dos también se adelantaron mirando con curiosidad cuanto le rodeaba y, uno de ellos, empujó con el pie el cuerpo inerte de Courton para no pasar sobre él.

¿Dónde estaba el cuarto hombre? En la cabina habían entrado tres, ¿dónde estaba el otro? Se preguntaba preocupado Courton.

Seguramente se había quedado guardando el escotillón del exterior del boliciclo, cosa que inquietó extraordinariamente a Courton, ya que según dónde estuviese situado podía estropear sus planes o no.

Cada segundo que pasaba comenzó a impacientar a Courton angustiándole la situación de no poder hacer otra cosa que la de permanecer allí inmóvil, haciéndose pasar por muerto.

Aquel cuarto individuo, que no sabía dónde estaba, podía echarlo a perder todo.

Los otros tres andaban por la cabina de aquí para allá, examinando con detenimiento todos los aparatos que allí había sin preocuparse de Courton, Luiggi y Dick.

Esto alegró a nuestro comandante ya que ello significaba que la segunda parte de su plan estaba conseguida, pero la ausencia de aquel cuarto individuo le preocupaba demasiado.

Cada instante que pasaba se le antojaba un siglo, pero se

dominó ya que el saber esperar con calma suponía la base total de su éxito.

De repente, una vivísima ráfaga de luz azulada cruzó la estancia y, Courton, aun esperándola desde hacía unos momentos, abrió los ojos sobresaltado.

En la puerta de la cabina se encontraba Eveline, más bella que nunca, radiante de alegría y satisfacción, empuñando un corto fusil de comprensión electrónica, la que había descargado una ráfaga de rayos paralizantes sobre los tres hombres de Andrómeda que habían penetrado en la cabina y que sin tener tiempo de reponerse a la sorpresa de la aparición de la joven habían sido paralizados y puestos fuera de combate.

Pero unos brazos fornidos de alguien que apareció a sus espaldas la sujetó fuertemente por su escafandra y la arrastró fuera de la cabina.

Courton se incorporó de un salto comprendiendo lo que pasaba y se lanzó rápido al mecanismo que cerraba el escotillón exterior del boliciclo pulsando el botón de cierre.

Rápidamente cruzó la puerta de la cabina hacia el escotillón exterior en persecución de aquel individuo de Andrómeda, el cuarto hombre, que arrastraba con un brazo a Eveline, al parecer con intención de sacarla del boliciclo y que, al darse cuenta que el escotillón se cerraba y que ya no podía salir trató inútilmente de abrirlo.

Courton dio un salto cayendo sobre aquel hombre al mismo tiempo que le asestaba un tremendo puñetazo sobre el rostro, haciéndole soltar a Eveline.

La joven se apartó rápidamente para dejarle el terreno libre a Courton y el hombre de Andrómeda aún no repuesto de la sorpresa, fue cogido fuertemente de un brazo por Courton, el que girando sobre sí y tomando como punto de apoyo su hombro le volteó sobre su cabeza lanzándolo por el aire.

El hombre de Andrómeda quedó inmóvil en el suelo.

Eveline corrió al encuentro de Courton y en un acto involuntario de femenina expresión, se abrazó a éste.

Courton la acarició durante unos momentos y sonrió triunfante y complacido.

La joven se separó un poco ruborizada y él cogiéndola de la

mano penetraron los dos en la cabina. Le hizo señas que conectara su aparato intercomunicador.

—¡Magnífico trabajo el suyo, Eveline! —dijo encomiando a la joven mientras señalaba a los tres hombres de Andrómeda inmóviles como estatuas en la misma actitud, postura y sitio que les sorprendiera la descarga de rayos electromagnéticos paralizantes.

—Ahora —prosiguió Courton— lo principal es salir de este atolladero si queremos conquistar el éxito completo... ¡Luiggi! Vea qué pasa a nuestro alrededor y, usted, Dick, prepárese para transmitir un mensaje urgente.

Courton rápidamente se colocó delante del cuadro de mandos y control de la astronave, mientras con un gesto invitaba a Eveline que vigilara al hombre que había quedado inconsciente fuera de la cabina.

Luiggi y Dick ocuparon sus puestos ordenados.

Courton comenzó a maniobrar mandos y botones en el complicado cuadro de control.

—¿Qué ocurre afuera, Luiggi?

—Nada, mi comandante, reina la más absoluta calma.

—Bien, prepárense, vamos a dar un salto demasiado brusco... ¿Cuál era la curvatura de derivación inicial, Luiggi?

—Ocho, coma, novecientos sesenta y siete, mi comandante.

Courton realizó en el cuadro de control la cifra.

—¿En qué punto se desviaron los otros boliciclos?

—En el cero, coma, veintisiete, tomando como referencia Venus.

—Está bien, ¿sigue sin novedad el exterior?

—Sí, mi comandante.

Courton realizó en el pequeño cerebro electrónico unos cálculos, tomó unas medidas sobre un cuadrante y consultó el reloj de alta precisión de a bordo.

Apoyó ligeramente su índice sobre un botón y, cuando la aguja del segundero marcó el segundo cincuenta y dos, apretó rápidamente el botón.

De la pantalla de imagen corta desaparecieron súbitamente las astronaves que Luiggi tenía enfocadas vigilándolas.

De un salto, el boliciclo de Courton se había separado de ellas más de cien mil kilómetros, tomando la curvatura exacta en el espacio sideral que le hiciera coincidir a los pocos segundos con la ruta de los otros dos boliciclos de combate, precisamente en el punto donde aquéllos se encontrarían.

Courton puso en funcionamiento el piloto automático y ordenó a Dick tomara contacto con los boliciclos.

—Transmítale punto donde cortaremos la línea de su ruta y que intercepten el paso de las astronaves enemigas con orden de destruirlas. Esto último es muy importante.

Dick tomó contacto con los boliciclos y transmitió la orden.

—Luiggi —dijo Courton— vea en el sidero-fotoscópico a qué distancia nos sigue el enemigo.

El primer piloto puso en funcionamiento la pantalla grande localizando las dos astronaves de Andrómeda y tomando unos datos maniobró el pequeño aparato de cálculo auxiliar de la pantalla, mientras Courton salía de la cabina intrigado por la ausencia de Eveline.

La encontró junto al hombre de Andrómeda al que estaba sujetando de pies y manos con una especie de esposas de acerotrón. Courton sonrió.

—Venga —y siguió sonriendo mientras le hacía ademán de que se acercara—, yo no lo hubiera sabido hacer mejor, lo ha inutilizado usted por completo. Ahora presenciemos el final de este primer acto.

La joven se le acercó sonriente, iluminado su rostro por una vivísima satisfacción... Jamás le había parecido a Courton tan bella como bajo el transparente de aquella escafandra.

Involuntariamente le cogió las manos. Un rubor subió al rostro de Eveline y, por primera vez, notaron ambos que se estaban mirando a los ojos de una manera extraña.

Ella separó su mirada de los ojos de Courton y desligándose de las manos de nuestro comandante, en silencio, penetró en la cabina seguida de éste.

—Distancia, cuatrocientos noventa y dos, mi comandante —dijo en voz alta Luiggi, en cuanto le vio aparecer—. Nuestros boliciclos se acercan al punto donde han de interceptarlas.

Courton levantó la cabeza esquivando uno de aquellos hombres de Andrómeda, y se plantó de un salto junto a Luiggi observando la pantalla.

Los boliciclos de combate se habían separado e iniciaban, en aquel momento, la curva para atacar de flanco a las astronaves enemigas.

Indudablemente los boliciclos demostraban ser más veloces y de más rapidez en la maniobra que las gigantescas naves de Andrómeda.

Uno de ellos, describiendo una imponente curva se lanzó sobre una de las astronaves y con la mayor sorpresa de Courton y sus pilotos, sin acertar a explicarse las causas, embistió contra ésta en su parte trasera. Un vivísimo resplandor iluminó un sector de la pantalla y desaparecieron sobre la misma los dos puntos que representaban ambas astronaves. Todos comprendieron la causa: desintegración por colisión de cargas magnéticas distintas.

El otro boliciclo, en aquel momento, lanzaba una descarga sobre la otra astronave, de rayos desintegradores, sin obtener ningún resultado.

A los pocos instantes, otro destello de luz vivísima brilló en aquel sector de la pantalla y sobre ella sólo quedó un punto majestuoso y triunfante, el boliciclo vencedor.

—¡Hemos vencido! —gritó Luiggi.

—Sí, es cierto —repuso con calma Courton— el primer acto de nuestro plan ha terminado. Vamos ahora al segundo.

Dick y Luiggi le miraron intrigados.

—Ahora procedamos a sujetar a estos hombres, convenientemente, y a devolverles su conciencia ya que precisa tengamos una conversación amistosa con ellos... Ayúdenme, por favor.

Entre Courton y sus dos pilotos, con la colaboración de Eveline, sujetaron fuertemente a los tres hombres de Andrómeda y bajando a dos de ellos y al que estaba fuera de la cabina, todavía inconsciente, a la cabina de fondo, dejaron al que parecía, por su aspecto cuando entró, el jefe de ellos, junto al cuadrilátero central de la cabina de mando.

Realizado el trabajo, Courton ordenó a Dick que tomara el pilotaje de la nave y se quedó por unos momentos pensativo.

—¿Qué ruta, mi comandante? —preguntó Dick.

—A Poliedrón, el planeta más cercano de la constelación de Andrómeda.

Luiggi y Dick se miraron atónitos y asombrados.

Eveline miró tiernamente a Courton enviándole una sonrisa, pero en aquella sonrisa le enviaba algo más que una sonrisa. A Courton le pareció un beso.

CAPÍTULO X

Hacía varias horas que el boliciclo de Courton y el otro que le había quedado de escolta, habían sobrepasado el límite del Sistema Solar en dirección a la constelación de Andrómeda, el extremo del brazo «N», como se le denominaba en la nomenclatura de los hombres de ciencia de Helión.

Luiggi señaló con la mano en la pantalla sidero-fotoscópica un punto, mientras miraba a Courton sonriendo.

—En efecto —dijo Courton— estamos ante Poliedrón. Conecte la pantalla de imagen corta, conviene tenerlo lo más cerca posible.

Luiggi fue al otro lado de la cabina e hizo lo que le ordenara su jefe. Dick apareció en la puerta.

—¿Ya está eso? —le preguntó Courton al verlo.

—Sí, mi comandante. La carga eléctrica exterior de la astronave ha sido cambiada. El otro boliciclo también lo ha efectuado.

—Perfecto, así no nos detectarán... ¿Y la señorita Eveline?

—Descansando, mi comandante. La vi tan extenuada que le recomendé durmiera un poco.

—Bien hecho... se lo merece. Tome de nuevo el mando de la nave y continúe la ruta metido en el cono de sombra de Poliedrón, hemos de hacer todo lo posible para que no nos vean.

Dick se hizo cargo del mando de la nave y Courton se acercó a la pantalla de imagen corta junto a Luiggi.

—¿Cree usted, mi comandante —preguntó el primer piloto sin dejar de observar la pantalla— que esta gente se habrá dado cuenta de la refriega?

—Seguro que sí.

—Entonces, ¿cree usted que nos estarán esperando?

—Es posible que hayan enviado refuerzos.

—¿Saldrán, pues, a nuestro encuentro?

—No lo sé. Puede que la desviación de nuestra ruta no les haya permitido encontrarnos... Pero, de todas formas, ahora, con el oscurecimiento electrónico que hemos efectuado de nuestras naves, les va a ser difícil dar con nosotros.

Luiggi corrigió el foco de la pantalla y los dos hombres guardaron silencio durante unos instantes.

Courton parecía absorbido por sus nuevos planes. Reflexionaba.

—No creí que sería tan sencillo entenderse con los hombres de otra constelación —dijo Luiggi.

—Ya ha visto, todo se ha reducido a matemática pura.

—No parece mal chico, ese... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Kalo.

—Era el jefe de la astronave, ¿no?

—Sí... Viven preocupados con el mismo problema que nosotros. Ellos necesitan toda la materia de nuestro Sistema Solar como contrapeso para evitar la fuga de su sistema del centro de gravitación de Andrómeda, mientras que nosotros lo único que deseamos es evitar el zarpazo y quedamos con nuestra propia estructura en el mismo sitio. Como verá son dos objetivos totalmente opuestos.

—Entonces, se trata de una lucha a muerte.

—Exacto.

—¿Y no hay otra alternativa posible...? ¿Ha de perecer necesariamente uno de los dos bandos?

—Sí, no hay otro remedio... Al menos que el profesor Scanipe...

Courton se contuvo. No debía hablar sobre aquello. Luiggi le miró de reojo y contuvo también su curiosidad.

—¿Está seguro que ese Kalo no le habrá engañado, mi comandante?

—No creo; me parece buen chico. Él lo único que pretende es salvar su vida y, por otra parte, mis propias conclusiones me llevan a creer que Wellington y su segundo piloto se encuentran prisioneros en Poliedrón.

—¿Está seguro?

—Casi seguro, por no decir que tengo la evidencia.

—Kalo lo afirmó, ¿no?

—Sí, pero mi certeza no descansa solamente en esa afirmación.

Luiggi permaneció un momento en silencio y rectificó nuevamente el foco de la pantalla.

El planeta Poliedrón, el primero con relación a nuestro sistema solar en la constelación de Andrómeda, había aumentado de dimensiones en la pantalla de imagen corta.

Los dos boliciclos se acercaban rápidamente viajando por los espacios dentro de su cono de sombra.

—¿No será demasiado arriesgado —volvió de nuevo Luiggi a interrumpir las reflexiones de Courton— atacar así de frente? Lo más seguro es que haya una numerosa guarnición. Una fuerte defensa... en fin, puede que ese planeta sea una auténtica e inexpugnable fortaleza.

—Sí, es lo más probable; según Kalo, seguro.

—En tal caso hay muy pocas posibilidades de salir con éxito.

—Es difícil salir, no con éxito, sino con vida.

—Y, aparte de la suya, ¿ha pensado que arriesga la de Eveline?

—Y la suya también, ¿no?

Los dos se miraron un tanto irritados. Courton comprendió que había ofendido a su primer piloto.

—Excúseme, Luiggi, me consta que no ha dicho usted eso por cobardía... sino porque se le ha ocurrido a usted alguna buena idea, ¿no es así?

Luiggi hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bien, dígamela. El tiempo apremia.

—Creo que, puesto que tenemos prisioneros a bordo, podría usted intentar gestionar un canje.

—La idea me parece aceptable —repuso Courton—, pero, ¿cómo llevarla a cabo?

—Kalo puede ponerse en comunicación con su cuartel general y hacer la proposición, en nombre de usted, antes de llegar a Poliedrón.

—Eso supone que nos localicen... y si no es aceptada la propuesta... Además, nos pueden tender una celada.

—No importa, siempre será preferible a querer forzar la entrada a Poliedrón. Actuaremos prevenidos.

—Espere... el otro boliciclo puede quedar en el espacio vigilando y protegiéndonos sin ser detectado ni localizado... Luiggi, su idea me parece estupenda, vamos a ponerla en práctica.

Courton paseó excitado unos instantes.

—¿A qué distancia-tiempo nos encontramos de Poliedrón, Luiggi?

—A una hora escasa, mi comandante.

—Bien, súbame a Kalo y trataré de hablar con él. Supongo que le interesará la oferta.

—Estoy seguro que le interesará. Seguro —dijo Luiggi convencido.

Y abandonó la cabina de mandos en busca de Kalo.

—¿Qué le parece este plan? —preguntó Courton acercándose a Dick.

—Me parece sensato y, por lo tanto, bueno, mi comandante.

Luiggi y Kalo aparecieron por la puerta de la cabina. Kalo, el hombre de Andrómeda, avanzó resueltamente hacia el centro de la cabina y Courton fue a su encuentro sonriéndole amistosamente. Con un gesto le invitó a sentarse.

Luiggi ocupó su puesto ante la pantalla de imagen corta.

Courton tomó asiento frente a Kalo y, cogiendo unas cuartillas, comenzó entre los dos el siguiente diálogo, expresado en fórmulas matemáticas.

—«Supongo —dijo Courton— comprenderá usted que la vida de sus hombres y la suya, están en nuestras manos».

—«En efecto —contestó Kalo— me doy perfecta cuenta».

—«¿Qué se suele hacer en su sistema —continuó Courton— con los prisioneros?»

—«Se les respeta siempre».

—«¿Me da su palabra de honor de que esto es cierto?»

—«Enteramente».

—«Me dijo usted antes que mis amigos vivían».

—«Sí, señor, es cierto, viven».

—«Y ¿cómo explica usted la muerte del primer piloto de Wellington, al cual encontramos nosotros?»

—«Era imposible cruzar tan grande distancia, en sus condiciones, sin morir. Lo que le puedo asegurar es que si pudo huir de Poliedrón es porque estaba vivo».

—«Bien, voy a hacerle una oferta personal. ¿Le interesa?»

—«Creo que puede ser interesante».

Courton se le quedó mirando unos instantes y continuó en aquel extraño lenguaje escrito.

—«¿Cree usted posible que sus jefes accedan a entregarnos a nuestros dos hombres prisioneros a cambio de ustedes cuatro?»

—«Es muy posible» —contestó Kalo sin inmutarse.

—«Y con respecto a la destrucción de las astronaves, ¿cree usted posible alguna acción de represalia contra la seguridad de esos dos hombres o contra nosotros?»

—«En absoluto... Mi pueblo admira a los valientes».

—«En tal caso, ¿desea usted ponerse en contacto con sus jefes y transmitir mi oferta?»

—«Sí, lo deseo».

—«Bien, aquí tiene un transmisor magnético —y señaló Courton un aparato al lado de la pantalla sidero-fotoscópica—. Le ruego lo haga inmediatamente».

Kalo, el hombre de Andrómeda, se levantó de su asiento y fue hacia el transmisor. Courton le orientó, en un instante, en su manejo.

—Dick, desconecte los impulsores y comunique al otro boliciclo que se despegue de nosotros a una distancia prudencial. Dentro de breves momentos le daremos instrucciones concretas.

El segundo piloto de a bordo cumplimentó rápidamente lo ordenado.

Kalo comenzó a manejar el transmisor magnético bajo la vigilancia de Courton.

Luiggi y Dick miraban con curiosidad aquella extraña escena en la que Kalo debía estar hablando con sus jefes sin que ninguno de

los tres comprendiera nada.

Así transcurrieron unos momentos, hasta que Kalo interrumpió la comunicación. Courton observó un ligero cambio en su impenetrable rostro.

Kalo tomó asiento y Courton hizo lo propio frente a él. Comenzó de nuevo aquel extraño diálogo escrito.

—«Y bien, ¿buenas noticias?» —preguntó esperanzado Courton.

—«Mis jefes aceptan su oferta».

—«Me alegro, así nos evitaremos muchas complicaciones... Y, dígame, Kalo, ¿qué garantías de seguridad ofrecen sus jefes?»

—«Mi pueblo siempre hace lo que dice. No engaña nunca».

—«Ya, pero después de que se efectúe el canje...»

—«No lo sé, señor —interrumpió Kalo con una débil sonrisa—. Sólo puedo asegurarle que yo haré todo lo que pueda por la seguridad de usted y de todos sus amigos».

—«Bien... algo es algo... Comunique, pues, a sus jefes posición exacta de esta nave y que sólo recibiremos otra de ustedes con los prisioneros. Nos encontramos en el espacio.

Kalo volvió a colocarse delante del transmisor magnético y comenzó nuevamente a manejarlo. A los pocos instantes se sentó otra vez con Courton comenzando nuevamente el diálogo.

—«Sólo vendrá una astronave pequeña con los dos prisioneros».

—«De acuerdo» —repuso Courton.

—«Y en cuanto a la seguridad de que no serán atacados por nuestras fuerzas siderales a su regreso, sólo podemos garantizarles hasta la mitad de distancia entre el límite del Sistema Solar y Poliedrón.»

—«Conforme... me basta con eso y le doy a usted las gracias».

Courton se levantó de su asiento y se dirigió a Dick para que transmitiera al otro boliciclo que se mantuviera alejado y alerta y que se abstuviera de interceptar la llegada de la astronave de Poliedrón, pues traía a Wellington y a su ayudante para canjearlos por Kalo y sus hombres.

El rostro de Courton denotaba una profunda satisfacción. ¡Qué sorpresa había conseguido para Eveline!

—Luiggi, vigile la llegada de la astronave y en cuanto sea visible, avíseme.

El primer piloto enfocó perfectamente Poliedrón y, acercándose a la pantalla sidero-fotoscópica, puso ésta en funcionamiento.

En aquel momento, Eveline, penetró en la cabina de mandos y al ver a Kalo y a los demás se detuvo un instante.

—¿Ocurre algo, comandante Courton?

Courton se volvió al oír la voz de la joven y se quedó mirándola tratando de reprimir su entusiasmo.

—Eveline, tengo una grata sorpresa para usted... Dentro de unos instantes estará aquí, con nosotros, Wellington.

—¡Dios mío!, ¿es posible? —exclamó la joven.

Sus manos temblaban de emoción y de alegría. Courton resumió rápidamente lo ocurrido.

—Mi comandante, ahí están —dijo Luiggi señalando un punto movedizo en la pantalla sidero-fotoscópica.

Courton y la joven se acercaron a la pantalla.

—Localícelos con imagen corta, Luiggi —ordenó Courton.

El punto luminoso se dirigía a gran velocidad en dirección al centro de la pantalla, al boliciclo de Courton.

Nuestro comandante se acercó a Kalo y escribió en una cuartilla, entregándosela.

—«Avise a sus hombres que se preparen para abandonar la nave... Les deseo buena suerte».

Kalo salió en dirección a la cabina de fondo acompañado de Dick.

—Venga, mi comandante, acabo de localizarlos —avisó Luiggi.

Courton y Eveline corrieron a la pantalla de imagen corta.

Una astronave pequeña, del tamaño aproximado a un boliciclo, se dibujaba nítida y majestuosa surcando el espacio en aquella dirección. Rápidamente se acercaba a ellos.

—No me juzgue mal, comandante, pero estoy muy nerviosa —

dijo la joven con la voz empañada por el llanto.

—Lo comprendo perfectamente, Eveline. No se preocupe, yo también estoy muy emocionado... Creo que lo estamos todos, ¿verdad, Luiggi ?

—Desde luego, yo me he puesto también un poco nervioso.

—Bien, ¡ahí están! —exclamó Courton.

La astronave de Andrómeda fue perdiendo impulso hasta colocarse a muy poca distancia del boliciclo.

Aquel era un momento tremendamente emocionante para todos.

Dick, Kalo y sus tres hombres hicieron su aparición en la cabina.

Courton se acercó a Kalo para comunicarle:

—«Transmita a sus amigos que estamos preparados.»

Kalo transmitió el mensaje.

En aquel momento, a través de la pantalla de imagen corta, observó Luiggi que el escotillón exterior de la astronave de Andrómeda comenzaba a abrirse. Courton ordenó a Dick que hiciese lo mismo.

A una indicación de Kalo sus hombres abandonaron la cabina para salir al exterior y éste entregó a Courton en una cuartilla su último mensaje.

—«Yo también les deseo mucha suerte».

Y haciendo una leve inclinación abandonó la cabina camino de su libertad.

Por la pantalla de imagen corta vieron cómo los dos grupos, uno de dos y otro de cuatro hombres, se cruzaban en el espacio, en el pavoroso silencio del espacio sideral, flotando como muñecos. Wellington y su ayudante fueron reconocidos en la pantalla. El nerviosismo de Eveline crecía por momentos.

Ya estaban llegando al escotillón exterior de la astronave.

Courton y Eveline se volvieron hacia la puerta de la cabina y la voz sonora y siempre alegre de Wellington se escuchó como un símbolo de esperanza liberadora a través del pequeño corredor.

—¡Dónde está ese viejo gruñón, que quiero tirarle de las orejas...! —y su figura alta y corpulenta se destacó en la puerta—. ¡Eveline... hermanita! —exclamó sorprendido—. ¿Qué haces tú

aquí, criatura?

Eveline no pudo hablar y con los ojos anegados en lágrimas por la alegría tan inmensa, corrió a echarse en brazos de su hermano.

—A ella le debes tu libertad, amigo Wellington —dijo Courton—. Es la mujer más valiente que he conocido.

Y sus ojos se humedecieron ligeramente, emocionado.

Momentos después, los dos boliciclos de combate iniciaban el peligroso regreso rumbo a Helión.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Continúa en «EL SILENCIO DE HELION:

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

50 - Avanzadilla a la Tierra - *Larry Winters*

51 - Amor y muerte en el Sol - *Mike Grandson*

52 - Fymo, nuevo mundo - *Joe Bennett*

53 - Tierra de enigmas - *Joe Bennett*

54 - Asteroide maldito - *Joe Bennett*

55 - Operación Cefeida - *Profesor Hasley*

56 - El Atom S-2 - *George H. White*

57 - El coloso en rebeldía - *George H. White*

58 - La Bestia capitula - *George H. White*

59 - El enigma cósmico - *Profesor Hasley*

60 - Extraño visitante - *George H. White*

61 - Más allá del Sol - *George H. White*

62 - Los hombres de Alfa - *Profesor Hasley*

63 - Entropía - *Profesor Hasley*

64 - Marte, el enigmático - *George H. White*

65 - ¡Atención... Platillos volantes - *George H. White*

66 - Raza diabólica - *George H. White*

67 - Un astro en el camino - *C. Aubrey Rice*

68 - Intruso sideral - *Profesor Hasley*

69 - Llegó de lejos - *George H. White*

70 - Cuando el monstruo ríe - *Alf. Regaldie*

71 - Heredó un mundo - *George H. White*

72 - Desterrados en Venus - *George H. White*

73 - La legión del espacio - *George H. White*

74 - Bolas blancas de Yereblu - *C. Aubrey Rice*

75 - La ciudad submarina - *Red Arthur*

76 - Pánico en los espacios siderales - *Karel Sterling*

77 - El mundo sumergido - *Profesor Hasley*

78 - Base Sakchent nº 1 - *Profesor Hasley*

79 - Sosias infernales - *Karel Sterling*

80 - Gan-X - *C. Aubrey Rice*

81 - “Ellos” están aquí - *George H. White*

82 - El enigma del C.O.E. - *Profesor Hasley*

83 - La gran amenaza - *Profesor Hasley*

84 - Los mares vivientes de Venus - *Karel Sterling*

85 - ¡Piedad para la Tierra! - *George H. White*

86 - Despertar en la Tierra - *Larry Winters*

87 - El mundo perdido - *Larry Winters*

88 - La sinfonía cósmica - *Profesor Hasley*

89 - El hombre de ayer - *Profesor Hasley*

90 - Lance King: Pionero del tiempo - *Karel Sterling*

91 - La muerte flota en el vacío - *C. Aubrey Rice*

92 - Cuarta dimensión - *Profesor Hasley*

93 - ¡Luz sólida! - *George H. White*

94 - Hombres de titanio - *George H. White*

95 - ¡Ha muerto el Sol! - *George H. White*

96 - Exilados de la Tierra - *George H. White*

97 - El imperio milenario - *George H. White*

98 - Topo-K - *Profesor Hasley*

99 - El fin de la Base Titán - *Profesor Hasley*

100 - Pasaron de la Luna - *C. Aubrey Rice*

101 - La amenaza tenebrosa - *J. Negri O’Hara*

102 - El gran fin - *J. Negri O’Hara*

103 - Intriga en el año 2000 - *Profesor Hasley*

104 - El extraño profesor Addington - *Profesor Hasley*

105 - Sin noticias de Urano - *C. Aubrey Rice*

106 - Acción inaudita - *C. Aubrey Rice*

107 - El horror invisible - *Karel Sterling*

108 - Más allá de Plutón - *Profesor Hasley*

109 - La revancha de Zamok - *Profesor Hasley*

110 - Situación desesperada - *C. Aubrey Rice*

111 - El experimento del doctor Kellman - *J. Negri O’Hara*

112 - Los habitantes del astro sintético - *Eduardo Texeira*

113 - Los muertos atacan - *Profesor Hasley*

114 - La última batalla - *Profesor Hasley*

115 - 1958: Objetivo Luna - *Karel Sterling*

116 - La amenaza de Andrómeda - *Robín Carol*

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.